

SUSCRICION
EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

AVISO INTERESANTE.

En virtud del beneficio que resulta del franqueo previo, este establecimiento está remitiendo su correspondencia franca, sin escepcion, desde principios del corriente, y ha acordado no recibir desde 1.º de febrero próximo en adelante, carta alguna que venga sin franquear. Rogamos á los señores corresponsales y á todas las personas que nos favorecen lo tengan así entendido. para evitar los inconvenientes que de lo contrario resultarían.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de teatros.—SEMANA HISTORICA: Historia contemporánea.—SEMANA RELIGIOSA: El Escorial.—SEMANA JUDICIAL: Causa contra el general don Rafael del Riego.—Escenas italianas; Los bandidos italianos.—SEMANA CIENTIFICA: Apuntes de un viajero.—SEMANA LITERARIA: Martin; Las doce de la noche, poesia.—SEMANA MOSAICO: Lord Byron en Venecia; el Porvenir, anécdotas, máximas, ferias, efemérides españolas del siglo XIX, gaceta devota, solución del logogrifo del número anterior, anuncio.

Este número lleva veinte grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. En medio del trastorno social de que se halla amenazada la Francia, y de que son sintoma esa multitud de escritos socialistas que la propaganda reprimida en las ciudades derrama por los campos infiltrando sus peligrosas doctrinas; en París y en las principales ciudades, los hombres políticos, sin cuidarse del peligro grande que puede sobrevenir al mundo, se ocupan en cuestiones dinásticas y en antiguas querellas de partido. En medio del ruido de los ejércitos, cuyos pasos estremecen el suelo de casi toda la Europa, la Asamblea Nacional se halla fraccionada, dividida á punto de imposibilitar todo gobierno, y discutiendo si ha de enviar un ejército á los campos de la América del Sud, con motivo de la cuestión suscitada en el Rio de la Plata. En la sesion del día 2 sobre la declaración de urgencia de la ley sobre instrucción primaria, ley á que daban grandísima importancia los partidos, los legitimistas se unieron á la Montaña, y obtuvieron 308 votos, y la mayoría 309. —Después de una tempestuosa sesion, el día 3 se volvió á votar, y la mayoría tuvo 329 votos contra 300 de la oposicion. Lejos de caminar á la union, en la Asamblea cada día se ve mas division.—En la cuestion del Rio de la Plata, se ha resuelto ponerse de acuerdo con la Inglaterra, y enviar una escuadra que apoye en dichos paises la independencia de aquellos estados tan necesaria al comercio y á la civilización.

ITALIA. En Turin la cámara popular ha desechado el nombramiento de Mamiani, el ministro de Pio IX, pues el gobierno sardo no ha querido concederle carta de naturalización. El ministerio sardo se la habia prometido, pero Mamiani habia sido elegido jefe de la oposicion, y aceptado este papel tan conforme con sus antecedentes: el gobierno se ha creído dispensado del cumplimiento de su oferta.

El papa continúa en Pórtici. Su vuelta á Roma sigue aplazada indefinidamente. Las tropas napolitanas han ocupado los puntos que guarnecian los españoles, cuyos soldados al partir para su patria han recibido de las poblaciones brillantes testimonios de aprecio que los vengan de las calumnias con que quisieron manchar sus enemigos su lealtad y nunca desmentida disciplina. Los franceses han enviado también á Ar-

gel algunos de los regimientos que concurrieron á la toma de Roma.

Piensa el papa en el restablecimiento de la órden de San Juan de Jerusalem; empero como hoy no se hace la guerra á los turcos, antes bien cuando se ven amenazados las escuadras de los mas poderosos estados cristianos, penetran en los Dardanelos en su auxilio, como acaba de suceder en la cuestion con la Rusia sobre la estradicion de los refugiados húngaros; quiere dárseles un nuevo empleo á estos caballeros, el de proteger el pontificado contra los ataques de la anarquía y de la revolucion.

¡Difícil será la reorganizacion de la órden, que dejó de existir en Malta!

A pesar de la ocupacion de los franceses, son varios los asesinatos que se cometen en Roma, y en los pueblos inmediatos. En Campino el 22 de diciembre fué muerto el prelado de Pieve Casate, uno de los mas celosos partidarios del gobierno pontifical, y amigo de Gregorio XVI. Dos asesinos se apoderaron de su secretario para impedir clamase por socorro mientras otro le dió de puñaladas.

En Liorna se habian notado síntomas de agitacion, pero aumentada su guarnicion fueron todos los conatos fácilmente reprimidos.

Los ejércitos austriacos han entrado en Sajonia resueltos á sofocar allí todo movimiento liberal. Esta invasion se hace de concierto con la Rusia y la Prusia, cuyas tropas ocuparán á Leipsick.

INTERIOR. La mayor tranquilidad reina en todas las provincias de la monarquía, donde se ha planteado el nuevo régimen adoptado por el gobierno para su administracion civil y económica.

El Senado ha continuado y terminado en esta semana la ley que se habia sometido á su deliberacion para la represion de los delitos de contrabando. El Congreso ha presentado grande animacion en estos dias. El lunes 7 continuó discutiendo el proyecto particular sobre la contabilidad presentado por el señor Gonzalo Moron, y se votó en el día 8, siendo desechado por 123 votos contra 73. La oposicion, aunque muy distante (aun de la mayoría habia crecido). El estado del Congreso presentaba la idea de un fraccionamiento grande, habiendo habido seis votos particulares en el dictámen de la comision de presupuestos que se leyó el sábado 5. El ministro de Hacienda leyó después de la votacion sobre el voto del señor Moron sobre contabilidad, un proyecto de ley para que se le autorice para plantear los presupuestos en la forma que los presente la mayoría de la comision.

El día 9 se reunió el Congreso en secciones, donde se discutió con calor y grande animacion este proyecto, y el gobierno ganó en todas las secciones el nombramiento de los individuos para la comision. Esta compuesta de los señores Olivan, Gonzalez Romero, Vahev, Moyano, marqués de Valdegama, Calderon Collantes, y Esteban Collantes, dió su dictámen al día siguiente 10. Se ha señalado para su discusion el lunes 14.—Hoy deben, pues, comenzar estos debates, que deben ser interesantísimos, habiendo presentado al proyecto una enmienda cada una de las oposiciones del Congreso, la progresista y la conservadora.—Todo hace creer que está muy cerca el término de los trabajos de este congreso que ha durado cuatro años, y que ha atravesado por tantas alternativas políticas como han sobrevenido al pais en tan largo periodo.

A pesar de lo crudo de la estacion, la reina ha salido á paseo en estos dos últimos dias, siendo saludada con entusiasmo por el pueblo, que contempla con júbilo el ver aseguradas cada día mas sus esperanzas; de que la augusta Isabel tenga un heredero directo de la corona de esta nacion que tanta parte toma en la felicidad de sus reyes.

ACTOS DEL GOBIERNO.

Ninguna medida que produzca resolucion alguna, ha publicado la gaceta del gobierno en la última semana, por lo cual nos reducimos á esta indicacion.

REVISTA DE MADRID.

La antigüedad está en el deber de formular un voto de gracias por los recuerdos que ha recibido del público de Madrid en el trascurso de la anterior semana. —Si se trata de dar bailes de máscaras, se elije como adorno de preferencia los cuadros de Velazquez y de Murillo. Si se piensa en nuevos bailes para la sociedad, se abandona la alegre polka de nuestros dias por el acompasado minuet de nuestros bisabuelos. Si se abren las puertas de los teatros, es para poner en escena *Marcela ó á cual de los tres*, *La pata de cabra*, y otras producciones del vetusto repertorio. Por último, si se escriben gacetillas en los periódicos, es para hablar de la fundacion de la *Academia de la Historia*, y del día en que nació la de *Ciencias eclesiásticas*, que duerme ya hace dos años en el sueño profundo de la eternidad.

No hay que dudarlo. El público madrileño ha huido de las novedades en la anterior semana; ha consagrado sus ócios á meditar, y ha vivido con los recuerdos de lo pasado y las esperanzas del porvenir.

Pero, á decir verdad, todo esto debía suceder necesariamente y por eso ha sucedido. Después de la algarazara de Noche Buena, de los alegres dias de Navidad, de los convites y las inocentadas, de los aguinaldos y los estrechos, del bullicioso movimiento de los teatros, y de la infernal algaravía de la víspera de Reyes, era necesario que algunos momentos de reposo viniesen á reparar las fuerzas perdidas en tan incesante y variado ejercicio.

Por otra parte, la semana ha traído consigo un prodigioso desarrollo de esa afición á las máscaras, que tanto tiempo hace habia desaparecido de entre nosotros por completo: y cuando se divisa en perspectiva esa terrible falange de noches en claro, que vienen á robarnos los precisos momentos de descanso, y á duplicar las horas de vida en el escaso mes que resta aun hasta que comience el reinado de la cuaresma, todo el mundo prepara sus fuerzas y cobra anticipadamente el aliento que teme habrá de faltarle para resistir á las largas veladas que preceden de ordinario al advenimiento del Miércoles de Ceniza.

Bien haya el señor gefe político de Madrid, que tuvo la acertada idea de prohibir los bailes con careta sin su previo permiso y conocimiento. A esta semi-prohibicion somos deudores del entusiasmo que hoy escitan entre nosotros los bailes de máscaras. Y si en lugar de contentarse con esto, hubiera acertado á prohibirlos por completo, el entusiasmo se hubiera convertido en furia, y la furia hubiera desencadenado de tal suerte á los habitantes de Madrid, que en el momento de alzar la prohibicion, todo el vecindario madrileño se veria convertido en una mascarada ambulante.

Grande es sin duda alguna el poder de la prohibicion para alentar el desseo. Nunca fueron mas alegres ni bulliciosos los bailes de máscaras que cuando, espresamente prohibidos, era menester celebrarlos á puerta cerrada y en medio de una incesante zozobra. Si por acaso la autoridad habia logrado penetrar en el salon del baile y poner á todos los enmascarados en dispersion completa, la felicidad de aquella noche habia tocado á su colmo.—Muchas obras conocemos nosotros que no se hubieran leído jamás, á no haberse prohibido su lectura.—Muchas niñas conocemos tambien que no amaron á un hombre hasta que sus padres se lo prohibieron; pero después de la prohibicion, huyeron con él por la ventana.—Probablemente Adán no hubiera comido nunca una manzana si Dios no le hubiese vedado espresamente esta fruta.—Y sabido es de sobra que si mas de cuatro lindas caras escitan al prójimo pecaminosas tentaciones, es porque tienen tambien el sabroso carácter de fruta prohibida.

Bastó, pues, que la autoridad superior política de Madrid hubiese afectado de impedimento á los bailes de máscaras para que todo el mundo se decidiese á bailar con trage y careta. Son tantas las reuniones anunciadas con este motivo, que apenas basta á recordarlás nuestra fragil memoria.

Indicaremos sin embargo las que tenemos mas presentes.

Entra á ocupar el primer puesto en este certámen el Liceo. Parece que dispone, como de ordinario, dos bailes de máscara donde reinará esa elegancia y ese buen gusto que es proverbial en los magníficos salones de Villahermosa. El teatro quedará arrinconado, según antigua costumbre. A este fin parece que se está desarmando con mucho esmero una decoración de sala contemporánea de la batalla de Bailen, que el Liceo tiene interés en conservar como un recuerdo de sus glorias pasadas, y nunca mas venideras.

Tras estos bailes merecen colocarse en orden de importancia los de los salones Orientales. Todo cuanto de ellos pudiéramos decir, lo tenemos dicho mas estensamente en la anterior revista. Añadiremos tan solo que si en efecto se trata de adornar los salones del baile con cuadros de los autores mas arriba citados, el pensamiento es envidiable y felicísimo. La Concepcion de Murillo, el San Antonio Abad de Velazquez, el San Juan Evangelista de Cano y la Sacra familia de Rubens presenciando las borracheras y las orgías del carnaval, es una idea enteramente original, que merece por completo los honores de una patente.

A mas de estos bailes se anuncian otros en los salones del Iris, para los cuales parece que hay dispuesta gran provision de arañas y de adornos.—La sociedad del Instituto ha prometido dar algunos, que serán alegres y bulliciosos, como de costumbre.—El Buen Tono, La Ondina, y mil otras sociedades coreográficas, disponen ya los preparativos para los suyos.—Por último, hasta la Cruz..., hasta el pobre teatro de la Cruz, piensa dar alguna tregua á su quebranto y algun esparcimiento á sus soledades, dando con ocasion del carnaval algunos bailes de máscaras.

Mucho nos tememos por los intereses de la empresa en el nuevo peligro á que se lanza. El Liceo, los salones Orientales, el Instituto, el Iris y hasta el Buen tono y la Ondina, tienen un círculo de aficionados y concurrentes. Sus bailes probablemente estarán llenos. La Cruz no tiene aficionados ni concurrentes, y es muy posible que las noches de baile vengan solo á aumentar las horas que consagra á llorar sus soledades y sus tristezas.

En tanto que las máscaras llegan, la sociedad de Madrid yace en perfecto é inalterable reposo. Los dias continúan frios y todo presenta el carácter distintivo de la estación que atravesamos. En el Retiro, en ese paseo tan delicioso en todo tiempo, los árboles están enteramente desnudos, la superficie del estanque nuevamente congelada, y apenas circula por su vasta extension un escaso número de personas que acude para ver romper el hielo, ó correr patines donde todavía se conserva intacto. A la caída de la tarde, y para que el paisaje de invierno tenga una verdad mas perfecta, lucen de trecho en trecho algunas hogueras, donde viene á morir, seca y amarillenta, esa hoja que tan verde y lozana vistió los árboles y las plantas en los albores de la primavera.

Hace pocas tardes que veíamos encendidas entre los bosques del Retiro una multitud de estas hogueras. El aire estaba tan enrarecido por efecto de los frios, que el humo se arrastraba por la superficie de la tierra, en vez de remontarse á la altura. Esta circunstancia es la que nos ha privado sin duda de ver ascender á Mad. Arban, en el transcurso de la anterior semana. Mad. Arban no ha debido confiar su globo á ese aire cuyas fuerzas no son bastantes á sostener el humo.

En esta parte, el corregidor de Madrid ha estado mas atrevido y emprendedor que Mad. Arban. El corregidor de Madrid, despues de gobernar el mundo de tejas abajo, ha emprendido su subida á lo alto á pesar del enrarecimiento del aire, y se ha metido en el cañon de la chimenea. Su nueva legislación sobre ese género de limpieza que se indica por cierta palabra mal sonante para una revista, es de una eficacia trascendental y que debe producir lances cómicos y divertidos. Los arquitectos y las criadas, declarados responsables de los incendios, darán ocasion á mutuos disturbios de grande efecto escénico. La criada dirá que la chimenea está mal hecha siempre que se incendia, y el arquitecto replicará que el incendio ha consistido en que no estaba limpia. Las criadas aprenderán con este motivo la arquitectura, y los arquitectos se dedicarán á estudiar el ramo de limpiezas. De cuando en cuando aquella llamará á este «mal albañil»; y este le responderá llamándola lo contrario de limpia.... palabra que comienza con p y que tampoco es del mayor efecto para artículos de revista. Hace tiempo que se escribió una comedia con el título de *El marido en la chimenea*: ahora se pudiera escribir sobre este asunto otra que llevase por título *El corregidor en la chimenea*.

Pero dejando al tiempo que se encargue de representar esta comedia, y volviendo la vista á los desiertos salones, forzoso nos será hacer votos porque vuelvan á ellos cuanto antes los tiempos de la animacion y de la alegría. Entre tanto siguen en gran número las reuniones particulares, donde sino se baila mucho, sino hay todos los elementos necesarios para la alegre vida de un salon, hay en cambio mucha cordialidad y franqueza, y se pasan las noches cantando, leyendo poesías, conversando amigablemente y sobre todo, haciendo charadas. Las charadas son ya un elemento indispensable de esas sociedades, que poco numerosas para tener la animacion de un sarao, lo son demasiado para quedarse en la modesta esfera de reuniones de familia. Cada cual luce su talento y su habilidad para representar las ideas significadas sin dar á conocer esta significacion de un modo muy claro. Y á la verdad que el talento de algunos consiste en representarlas de tal modo, que todo dan á entender menos aquello que verdaderamente significan.

A este propósito citaremos un hecho ocurrido recientemente en una de estas reuniones de confianza. Representábanse en ella charadas, y cada cual se distinguía por su estravagancia en la manera de representar los objetos significados. Quien figuraba un entierro para espresar una nota musical, por la sencilla razon de que en un entierro se canta. Quien representaba el número dos con un despacho de loterías, porque el juego de lotería comprende todos los números posibles. Los disparates iban siempre en aumento, cuando vino á ponerles digno término la ocurrencia de un jóven que para espresar la palabra *Dios*, puso sobre una mesa un globo que representa el mundo. La confusion era grande y la charada un completo enigma, hasta que tuvo otro jóven la humorada de preguntar al ingenioso director de escena:

—¿Querrá vd. decirme que significa ese globo?

—Ese globo representa la palabra *Dios*, contestó el interpelado.

—¿Y qué? ¿se representa á Dios con un mapa del mundo? repuso el primero.

—Si señor, replicó el otro: porque Dios está siempre en todas partes.

A pesar de nuestra ardiente fé cristiana, hubo un momento en que dudamos que Dios se encontrase siempre en todas partes. No creíamos por lo menos que se encontrase Dios en aquel instante dentro de tan oscuro entendimiento.

A.

REVISTA DE TEATROS.

Los teatros de Madrid han vuelto á su estado de postracion habitual despues de la animacion que habian alcanzado con las funciones de Noche Buena. Pasaron ya aquellos dias de broma y regocijo, y como si hubiese pasado por ellos el carnaval, todos los teatros tienen hoy dia el compungido semblante de cuaresma. Ninguna comedia nueva, ninguna funcion notable, ningun beneficio, ninguna de esas cosas que escitan la curiosidad del público, y dejan gratas impresiones en el ánimo de los concurrentes.

Nosotros no podemos decidir, ni aunque pudiéramos seria esta la ocasion oportuna para hacerlo, si los teatros languidecen por falta de aficion en el público, ó si el público deja de concurrir á los teatros por la poca novedad que estos dan á sus funciones. Todos los escritores y todas las empresas le dan al público la denominacion de *ilustrado*: y siendo el público ilustrado, no puede consistir en él ese abandono con que generalmente mira el teatro. Consistirá pues, en estos, á no dudarlo, esa falta de vida que todos ellos experimentan á pesar suyo.

Entretanto bien puede afirmarse que el público no se ocupa jamás de lo que se representa, sino de lo que se baila en el teatro. ¿Se piensa de ir al teatro Español? Pues al momento se pregunta si baila aquella noche la Cámara. ¿Se piensa ir á la Cruz? A buen seguro que vaya persona humana si no baila la Nena. ¿Se prefiere el Instituto? Pues ha de ser con la indispensable condicion de que baile la Vargas ó la Antonia. Si el objeto es ir á Variedades, entonces ya no se pregunta por el baile; se pregunta cuando siguen las representaciones de *El Duende*.

No hay que dudarlo. El ilustrado público madrileño necesita que haya novedades de bulto para gastar su dinero en el teatro.—Es verdad que los teatros en Madrid son escesivamente caros. Y esta es á nuestro juicio una de las causas que mas poderosamente influyen en la falta de concurrencia que en ellos se nota.

No parecerá extraño, despues de lo que llevamos dicho, el que la presente semana no nos ofrezca una sola novedad teatral de que poder ocuparnos.

Y en efecto. El teatro Español ha pasado la semana poniendo en escena *Antonio de Leiva*, *Marcela*, *Hombre de Mundo*; y aguardando la representacion de *Isabel la Católica*, que se pondrá en escena cuando Dios fuere servido. Estas solemnidades se esperan en el teatro Español con tanta impaciencia como en los lugares la fiesta del santo patrono, que solo se ve una vez en el año, y pasado su dia se comienza ya á esperar y á desear la del año inmediato.

El teatro del Drama da piecitas en un acto, cuando no pone en escena la *Pata de Cabra* ó el *Rio hombre de Alcalá*. La concurrencia continua siendo escasisima. Sin embargo, forzoso es confesarlo: esa concurrencia parece muy numerosa, según su ruido y algazara, siempre que baila la Nena. Generalmente le pide el *Ole*, que aquella baila con suma gracia y delicadeza: los aplausos la siguen por todas partes; se redoblan al caer el telon, y se prolongan todavía despues de corrido este. La Nena sale entonces á recibir los aplausos del público, y la concurrencia queda completamente satisfecha. Tal es la escena que se repite diariamente en el teatro del Drama.

El de la Comedia goza de mucho mas favor con el público de Madrid. Allí se representa mal, si hacemos escepcion de algunos buenos actores; pero se baila muy bien. Su cuerpo de baile tiene numerosos partidarios entre todas las clases que componen la sociedad varonil de Madrid. Y no es esto lo mas notable del caso, sino que las fracciones en que se dividen estos partidos, á pesar de que pertenecen á una comedia misma, se hacen entre sí una guerra mas muerte que los Varguistas, Nenistas y Camaristas. No es por cierto la Vargas la que cuenta con mas simpatías en el teatro del Instituto. Acaso es la que tiene menos. Las dos hermanas Martinez (Antonia y Carmen), y la Adelita Guerrero, son las niñas mimadas de aquella concurrencia. Esto produce, como es consiguiente, algunas rivalidades y celos; pero su resultado no es otro que el de una noble emulacion, fecunda en ventajosos resultados para el público.

Las varias piezas que el Instituto ha puesto en escena en la anterior semana, bastarian á formar por sí solas un largo repertorio. Citaremos entre ellas *El poder de un falso amigo*, comedia de costumbres en dos actos, que ha sido bastante bien desempeñada por la generalidad de los actores, y especialmente por el señor Lugar. El público aplaudió con justicia los esfuerzos de este actor, que desempeña con naturalidad é inteligencia el papel de protagonista en esta funcion.

El señor Dardalla sigue representando con la gracia de costumbre las piecitas andaluzas *El congre de gitanos*, y *Quien de ageno se viste*.

Del teatro de la Opera valiera mas que no hablésemos una palabra. Este nombre creemos que no pasará de ser una ilusion completa, al menos por lo que toca á la temporada presente. Ya lo dijimos en otra ocasion. Creemos que la ópera es una planta demasiado ardiente, y que no es capaz de resistir á los crudos vientos que soplan del Guadarrama. El teatro de la Opera no hace por ahora otra cosa que dar continuo pasto á las conversaciones de los ociosos. Cuando no hay empresa se dice que va á organizarse una, que cuenta con poderosos elementos para llevar á cabo sus proyectos. Por supuesto entre estos elementos no se cuenta nunca el dinero, porque hasta ahora no ha parecido una empresa que lo tenga. Luego se anuncia que ha enviado comisionados á Italia y á Paris, en busca de cantantes; y al fin y al cabo los cantantes no parecen nunca. Hasta las nieves del puerto sirven ahora de excusa para la tardanza de tan deseados viajeros. Dicha suerte que no parece sino que vienen en la mensajería de Vitoria, pagando el porte por arrobas. Despues de todo las empresas caen bajo el irresistible peso de una silba estrepitosa; y vuelta á empezar la tarea, volvemos á parar al mismo punto de donde hemos partido.

El teatro de Variedades, nos va á ofrecer ahora en sus funciones una variedad notable. Según tenemos entendido, prepara otras ochenta representaciones de *Duende*.

Entretanto el teatro de la Academia dispone para mañana 15 del corriente su funcion inaugural. Sinceramente le deseamos brillante porvenir y larga vida.

A.



SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

XLIX.

Don Alberto Olives, como dice en su declaracion, fué obligado por Rafi Vidal á concurrir al ayuntamiento, donde se penetró del desorden que reinaba, por lo cual procuró evadirse de todo compromiso. Solicitado vivamente, se prestó á tomar partido para libertarlos del saqueo y aliviar la critica posicion de aquel pueblo, como lo consiguió. Impuso Vidal una contribucion de cien mil duros á los dueños de las tiendas, y Olives la levantó, segun manifiesta.

Decidido nuevamente á separarse, condescendió á los ruegos del cura párroco y algunos individuos del ayuntamiento, que le prometieron salir en todo tiempo garantes de su persona y conducta. Siguió, pues, con Vidal, y viósele luego de acuerdo en todas las providencias adoptadas para asegurar el buen éxito de la campaña.

Si servia contra sus convicciones la causa de los insurrectos, pudo haberse retirado despues y salvado su vida; pero continuó con las armas en la mano, y fué el segundo gefe de Vidal.

L.

Clara hasta ahora la conducta de Vidal, no continúa siéndolo en todos sus actos sucesivos, estraños todos, y cuyas raras peripecias procuraremos aclarar.

A Vidal, á este temible adalid de la insurreccion que jura la muerte ó la victoria, le vemos deponer voluntariamente unas armas no vencidas, y presentarse al rey antes de que llegara á Tarragona.

Bien podia creerse esta presentacion, hija del arrepentimiento, ó inspirada por conocer la impotencia de sus fuerzas; pero ninguna de ambas causas es evidente. Avistóse con el rey esponiéndole con militar franqueza las quejas de los insurrectos y sus propios sentimientos, y sin duda no fué muy amistosa aquella secreta entrevista, cuando olvidando Rafi la persona con quien estaba hablando, la dijo con altanera arrogancia: *Señor, aun tengo tropas y puedo mucho.* Retrocediendo entonces Fernando para oponer entre los dos una respetable distancia, le contestó con dignidad: *Marcha á ponerte á la cabeza de tus sublevados: voy á pasar el Coll de Balaguer... espérame allí si te atreves.... marcha.* Y volviendo el rey la espalda á Vidal, siguió por un largo corredor sin atender á las repetidas veces que Rafi le llamó, *señor, señor.* Ya al fin del corredor fué cuando el rey llamó á Mirasol y le preguntó si podrian pasar el Coll de Balaguer, previniéndole que se dejara á zás el uso que tuviera por conveniente.

Rafi Vidal, entretanto, habia reunido las tropas que habia sobre aquel, y el conde de España detuvo á un ayudante en el Coll con una carta de Rafi que se dirigia á los sublevados, en la cual les espresaba que las tropas eran las mismas que habian valido los dias anteriores, que tuvieran ánimo, que al pasar el Coll podian rechazarlos de nuevo, y apoderarse de la persona del rey y conseguir sus planes.

Al dia siguiente, habiase ya cumplido la voluntad del rey.

LII.

Terrible habia sido para Vidal el reto.

Con mas nobles intenciones que la mayor parte de los sublevados, habia tomado las armas para defender los derechos del rey que creia vulnerados; y cuando él veia al monarca aferrarse en el sistema que Vidal tenia por desastroso, y que trataba de desleales á los que lidiaban por su causa, debió sufrir horriblemente.

Su situacion entonces era crítica. El paso del rey por el Coll destruyó el prestigio de Rafi. Solo le quedaba un extremo: declararse con entusiasmo por la guerra, y emprenderla á muerte. Pero conocia que con esto iba solamente á vengar un resentimiento personal á costa de raudales de sangre inocente, y prefería ver herido su amor propio, la ruina de su dignidad, y de cuanto ama el hombre en sí mismo, á aumentar las desgracias de sus compatriotas. Consagró un debido tributo de justicia á Vidal: este proceder le honraba y le hacia digno de servir mejor causa; no aquella en que se pretendia la satisfaccion de mezquinos intereses, en que se invocaba la religion para ultrajar sus santas doctrinas.

Vidal era religioso, era realista; pero respetaba á su rey, y obedecia á su conciencia. Si le faltó en un instante de acalamiento, se arrepintió luego; decidióse mal, no tenia por qué arrepentirse. Conoció en el rey una doble conducta, y se convenció de que los que le habian lanzado al combate le hacian servir de escudo de ocultos planes. ¿Qué hacer entonces? Sufrir y resignarse.

Esto hizo Vidal, y á poco fué preso hallándose tranquilo en un billar.

LII.

Encerrado en un calabozo del fuerte de Tarragona, no sabia á qué atribuir su prision.

Encargada á Mirasol la instruccion del proceso, recibió el siguiente oficio:

«Capitanía general del ejército y Principado de Cataluña.

«Conviendo al servicio del rey N. S. (Q. D. G.) y al cumplimiento de sus reales ordenanzas, el recibir declaraciones indagatorias sobre los antecedentes de la escandalosa y criminal rebelion, y sublevacion que, atacando la legítima y absoluta autoridad de S. M., se dirigia á sumir su principado de Cataluña en todos los horrores de la mas lamentable anarquía; hallándose preso en el fuerte real de esta plaza el coronel graduado de infantería don Juan Rafi Vidal, ayudante del sub-inspector de voluntarios realistas del campo de Tarragona, que sublevó todo este corregimiento titulándose comandante general, é instalando y presidiendo una junta criminal, imprimiendo proclamas sediciosas, intimidando la rendicion á esta plaza, bloqueándola, ocupando militarmente el paso del Coll de Balaguer, impidiendo el tránsito y haciendo fuego contra el tercer batallon del regimiento de infantería de línea de San Fernando, y un destacamento de caballería, de que resultaran oficiales y soldados heridos y caballos muertos, añadiendo á estos delitos el levantar de las arcas reales, ayuntamientos y depositarias, los fondos pertenecientes á la real hacienda, exigiendo por rescate de su vida y persona cantidades á los pacíficos vasallos del rey, se servirá vd. recibir una declaracion que abraza las materias indicadas al espresado Rafi Vidal, procurando indagar los puntos siguientes:

«Quién le indujo á ponerse al frente de los sublevados en el corregimiento de Tarragona.

«Quién le suministró medios para el levantamiento, y para pagar enganchamientos y los seis reales diarios que se pagaban á los sublevados.

«De quien recibia órdenes é instrucciones.

«Con qué personas ha correspondido (1).

«Qué dia entró en Valls, con quienes y qué es lo que practicó aquel dia.

«Quién mató los soldados del regimiento caballería de línea del Infante.

«Qué proclamas ha espedido, con qué fin y quien las ha compuesto, escrito é impreso.

«Cuanta gente se hallaba, de qué fondos les pagaba, y cuales ha estraido de las administraciones ó pertenecientes al catastro, y qué imposiciones ha hecho y permitido hacer en los pueblos de este corregimiento.

«Qué comunicaciones ha tenido antes y despues con el gobernador de Tarragona y otras autoridades.

«A quien ha manifestado su intencion dentro y fuera del Principado.

«Con quien ha comunicado de palabra ó por escrito de fuera del Principado.

«Qué dinero ha entregado á los comisionados que vinieron de Aragon en la villa de Reus, y de donde procedia este dinero.

«Donde residia antes de la sublevacion, cuanto tiempo ha estado en Tarragona, qué dia salió de esta plaza, cual era su modo de vivir en ella, y quiénes las personas con quienes trataba diariamente.

«Igual declaracion tomará vd. al titulado coronel D. (2) Ballester, á los segundos de ambos y demas que por el contesto de estos resulten comprendidos y sea conducente á la declaracion de los hechos que se mencionan; en la inteligencia de que le he elegido á vd. fiscal de esta sumaria, nombrándole por secretario al capitán de infantería, teniente de la guardia real, don Manuel Lassala, y para relevar á este oficial de su actual encargo en el fuerte real, al de su igual clase don José de España.

«Dios guarde á vd. muchos años. Cuartel general de Tarragona 2 de noviembre de 1827.—Conde de España.—Señor conde de Mirasol, capitán de la guardia real de infantería.»

LIII.

Vidal solo dejó de contestar á los cargos mas graves que le hubieran hecho faltar al secreto que ofreciera. Manifestó, sin embargo, inteligencia con Romagosa y con el marqués de Cupini, gobernador de Tarragona y subinspector de realistas, que á no haber sido relevado oportunamente de su gobierno hubiera quizá caído la plaza en poder de los sublevados.

A todos asombró la prision de Vidal. Le habian visto en completa libertad; tan pacífico en sus acciones como en sus palabras, y no acertaban á esplicar su arresto.

En cuanto á ser adicto al rey, pocos podian hacer alarde de mayor respeto y consideracion hacia la real persona. Otro motivo mayor habia para estrañar su prision, y era la presencia del rey en Tarragona, de aquel rey que ofreció proceder como padre con aquellos que reconocieran su error. Es verdad que se reservó el derecho de castigar á los gefes; pero ¿cabe el de quitar la vida á quien despues de presentado se le ve hablar con el rey y pasear libremente por la misma poblacion donde se hallaba la corte y por el mismo palacio? Dijose que conspiró luego Vidal en Tarragona

(1) Quiere decir, con qué personas ha tenido correspondencia.—N. de la R.

(2) El nombre que está en blanco en el oficio es el de don Rafael Bosch.

con algunas del cabildo eclesiástico, y otras de la poblacion, lo que ocasionó su prision y se castigaron hechos anteriores ya perdonados. Pero ni tenemos pruebas de esto, ni habló entonces de este precedente.

Pero aun fué mas grande la admiracion cuando empezó á divulgarse la noticia de que iba á ser fusilado. La mayor parte no la creian, y los que pasaban por mejor informados la consideraban una consecuencia de los maquiavélicos planes de la insurreccion.

«Rafi, decian, posee importantes secretos que pueden comprometer á elevadas personas: con su muerte morirán ellos,» y no sabemos si por la absoluta voluntad del rey ó por inteligencia de su ministro se ordenó la muerte de Vidal.

LIV.

La gravedad de este hecho, y lo encontrados que se hallan los pareceres de las personas á quienes hemos oido sobre tal acontecimiento, exigen de nosotros insertemos los documentos comprobantes de nuestra opinion, detenidamente basada en vista de notables antecedentes.

Sobre la muerte de Vidal se han hecho inculpaciones injustas que debe destruir la historia. Esta es la tarea que honra al historiador y le eleva sobre las pasiones de los hombres.

Veamos los documentos.

«Mas de Rubusa 6 de noviembre de 1827.

«Mi apreciable amigo: siento dar á vd. tan penosa comision; pero las órdenes del rey N. S. deben ser puntualmente ejecutadas. Cuidado con poner dobles las centinelas y la mitad de las tropas sobre las armas. A Lassala que ayude á Pepe. Para mañana están dadas con reserva las disposiciones para fuera del fuerte. Dos cañonazos anunciarán á vd. la hora de la ejecucion. Mucho silencio y secreto. Queda de vd. afectísimo amigo Q. S. M. B.—Conde de España.—Señor conde de Mirasol.»

«Entre las ocho y las nueve de esta misma noche pasará V. S. al calabozo en que se halla preso el coronel graduado de infantería, Rafi Vidal, y su segundo el capitán Olives, acompañado del oficial que ha actuado como secretario en sus declaraciones, y notificará V. S. á los dos espresados que deben disponerse á morir cristianamente en cumplimiento de la orden del rey N. S. (Q. D. G.), por haber faltado como militares y como vasallos á la fidelidad que le debian, por haber sido gefes y autores de la criminal y escandalosa sublevacion en el corregimiento de Tarragona y formado en él una junta revolucionaria.

«La sentencia debe ejecutarse mañana 7 del actual por la mañana, á las siete de ella en punto, debiendo ser pasados por las armas en el mismo fuerte real. V. S. se verá con el brigadier don Pedro Besiana, que tiene orden mia para introducir en el fuerte dos padres confesores, que no deben salir de él sino despues de verificada la ejecucion, para lo cual V. S. dispondrá lo conveniente.

«Impongo á V. S. el mayor sigilo y secreto.

«Dios guarde á V. S. muchos años.—Mas de Rubusa 6 de noviembre de 1827.—Conde de España.—Señor conde de Mirasol.»

LV.

Mirasol cumplió como debia las terminantes órdenes de su gefe.

Vidal entró resignado en la capilla; en este tránsito de la vida á la muerte. Parecía un sueño su situacion; pero no le faltó el valor un momento.

Arregló con estóica tranquilidad sus últimas disposiciones; y con objeto de sossegar la natural agitacion de su espíritu, agitacion inevitable causada por las inesperadas emociones de aquellos instantes supremos, solicitó pasear un poco al aire libre, lo cual le fué concedido.

Del brazo con el sugeto que le acompañaba, con quien desahogó su corazon como con un amigo, le confió secretos que motivos de delicadeza nos impiden revelar. Diremos sin embargo que Rafi Vidal habia sido instrumento de elevados planes....

Tales fueron las revelaciones que hizo en el seno de la confianza, que conolido de la situacion del reo, el caballero que le escuchaba le dijo:

—Vidal: voy á llamar al momento al secretario para que escriba lo que me acaba vd. de decir, y firmándolo vd. le saco de la capilla.

—Deténgase vd., le contestó Vidal: le dejaré á vd. por embustero: juré el secreto, y prefiero morir á revelar lo; hay en el hombre una cosa que vale mas que la vida: el honor.... y no se dirá de un realista que falta á él.

Terminó el paseo y volvió á la capilla para salir de ella en breve al cadalso.

Cubierta tenia ya la cara, y preparadas estaban las armas que habian de concluir su existencia, cuando aproximándose á él el mismo que oyó sus revelaciones, le dijo:

—Vidal, aun es tiempo.

—Hasta la eternidad, le contestó separándole con el brazo.

Una descarga lo terminó todo al momento, y el estampido del cañon anunció nuevas víctimas.

LVI.

La muerte de Vidal fué dolorosamente sentida. Su partido le colocó en el catálogo de los mártires.

Agonos nosotros á las pasiones políticas, le consagramos un recuerdo honroso en las páginas de la historia. Muchos han muerto como él en España, país clásico en acciones heroicas.

Hombres como don Juan Rafi Vidal, honran á cualquier partido, y ofrecen á la historia esos interesantes y poéticos episodios que amenizan su gravedad.

La opinión pública que entre sus siempre divergentes pareceres, no los tiene estraños á la verdad, la comprendió en la causa de la muerte de Vidal.

El prestigio de la dignidad real perdió mucho. Ante Calomarde se abrió un abismo insondable.

Al conde de España en nada se le inculcó. Tampoco había motivo. Cumplió su deber, como cuantos mediaron en la causa de Vidal.

Vamos á ocuparnos ahora de la señorita de Comerford á quien dejamos en Cervera inspirando y alentando á la junta con ánimo varonil.

A. P.

SEMANA RELIGIOSA.

EL ESCORIAL.

MONASTERIO DE SAN LORENZO.

Hemos hablado de la iglesia de San Pedro en Roma, el primer templo del mundo; hoy vamos á ocuparnos, en la serie descriptiva de los principales templos que nos hemos propuesto seguir, de un templo que forma el orgullo de la nación española, del Escorial, de esa octava maravilla levantada en los campos de Castilla; monumento único en el mundo, producto de la fé de un cristiano y del inmenso poderío de un rey, subsiste al pie de las nevadas sierras del Guadarrama para atestiguar la grandeza de la iglesia católica, alzada sobre las ruinas de la caballería morisca. El Escorial es á la vez un palacio y un convento, morada y sepulcro de príncipes, y asilo antes de los monges de San Gerónimo; y que como dice Quintana,

¿Qué en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes
Y albergue, penitente á solitarios!

El hombre mas frio y mas sereno no puede penetrar sin respeto en esa fortaleza de Dios guardada por su representante en la tierra, el rey; no se puede entrar en este santuario sin prosternarse ante la unidad suprema apoyada en el poder real; Dios en el rey, un palacio en un convento.... he aquí el Escorial; he aquí tambien el emblema de lo que era la antigua España.

Jamás se ha construido un edificio mas admirable que el Escorial. Es un monumento sin modelo y sin copia; parece que allí las rocas han obedecido á una lira mas poderosa que la de Aníon, que levantó con su acento las murallas de Tebas; aquí el harpa de David levantó los gigantescos muros del Escorial. En este palacio-convento todo parece inmutable, sobrenatural, y parece que resuena en él la voz de Jehová bajo cada bóveda, bajo cada uno de los magníficos pilares que las sostienen, formando montañas de granito las admirables cúpulas del templo.

El Escorial tiene, como la mayor parte de las iglesias de España, un coro alto, empero este es indudablemente el mas magnífico de todas ellas. Se sube al altar mayor por una porción de escalones, que separan el presbiterio del resto de la iglesia. Desde lo alto, los sacerdotes al celebrar los misterios divinos aparecen al pueblo reunido en la inmensa nave como seres sobrenaturales misteriosos.

El rey Felipe II tenía al lado de su cuarto una tribuna, que se abre sobre el plano del altar mayor. Allí hizo traer su lecho para morir; allí en los momentos de su agonía hacia que se celebrasen por el descanso de su alma, próxima á partir del mundo, el sacrificio de la misa. Allí, aquel rey poderoso, manifestaba sus temores á vista de la eternidad, y ennoblecía este temor con la religion; aquel rey que habia hecho servir su inmenso poderío en la tierra para prepararse un lugar en el cielo, en lo que pudo estraviarle su fanatismo religioso, ya inundado de sangre la Flandes, y preparando su pérdida para la corona de España por su intolerancia religiosa, ya levantando, cual nuevo Salomón, un magnífico templo al Señor, que bastaría á ilustrar su nombre si su historia no fuese tan grande, si bien mirada bajo diverso aspecto hasta hoy por los que se han dedicado á escribir aquellos años de su reinado que fueron los últimos del colosal poder de la inmensa monarquía española.

Aquel rey solo una vez habia estado en el campo de batalla. Lejos del peligro, habia, sin embargo, presenciado el ardor de los soldados españoles, habia visto coronar la victoria sus esfuerzos en San Quintín; y príncipe religioso, habia resuelto levantar á Dios un templo, testimonio eterno de su reconocimiento.

No podemos menos de copiar el extracto de la carta de fundacion del monasterio del Escorial.

«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios, nuestro Señor, hemos recibido y cada día recibimos; teniendo así mismo fin y consideración á que el Emperador y Rey, mi Señor y Padre.... en el Codicilo que últimamente hizo nos remitió y cometió todo lo que tocaba á su sepultura.... E por-que otrosí, Nos habemos determinado, cuando Dios «Nuestro Señor fuese servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte de lugar.... Por las cuales consideraciones fundamos «y edificamos el monasterio de San Lorenzo el Real, «cerca de la villa del Escorial, en la diócesi y arzobispado de Toledo, el cual fundamos en dedicación y en «nombre del bienaventurado San Lorenzo, en memoria de la merced y victoria que en el día de su festividad de Dios comenzamos á recibir.... E otrosí le «fundamos de la orden de San Gerónimo por la particular afición y devoción que á esta orden tenemos «y le tuvo el Emperador y Rey, mi Señor....»

La fábrica de este colosal edificio se comenzó el 23 de abril del año de 1563, poniendo la primera piedra un célebre escultor, arquitecto y matemático, cuyo nombre durará tanto como duren la civilización y las bellas artes; Juan de Herrera es el dichoso mortal cuyo nombre está asociado á tan grandioso monumento, como el nombre del soberano que lo mandó levantar; otro arquitecto tambien contribuyó á su formación, el célebre Juan Bautista de Toledo.

La planta de todo el edificio es un paralelogramo rectángulo, que cuenta de Norte á Mediodía 744 pies, y de Norte á Poniente 580. La arquitectura del Escorial no aparece grande sino interiormente; semeja en su totalidad á unas parrillas, en conmemoración del mar-

rio; pusieron en ella la siguiente inscripción en tres caras:

DEUS OPTIMUS MAXIMUS OPERI AUSPICIAT
PHILIPPUS II HISPANIARUM REX
A FUNDAMENTIS EREXIT MDLXIII
JOANNES BAPTISTA, ARCHITECTUS MAJOR
IX KALENDAS MAJI

Esta fachada está embellecida con los jardines, verdaderos pensiles tendidos á sus pies como una magnífica alfombra. Por debajo del lienzo corre un estribo tan robusto y macizo cual se necesita para sostener la inmensa pesadumbre de la fábrica. En el declive formado por él, hay un orden de rejas cuadradas y otros cuatro de ventanas en lo restante del paño, en todas son 296.

La fachada del Norte es paralela é igual en extensión á la anterior. Tres puertas grandes hay en ella de diez pies de ancho por veinte de alto; la primera viniendo de Madrid es la entrada principal del palacio; la de en medio sirve á las cocinas y otros oficios de la casa real y la tercera, que está hacia la torre del seminario, daba ingreso á este colegio.

El género de arquitectura es el mas propio para la severa rigidez de un monasterio, es la arquitectura greco-romana elevada á su mayor perfección. La fachada principal, que es la que presentamos á nuestros lectores de LA SEMANA, mira á la parte de Occidente, siguiéndose en esto por el arquitecto, la antigua tradición de la iglesia que así lo recomienda. Tiene este lienzo 744 pies de largo, con 72 de altura hasta la cornisa de su remate. Elévanse á entrambos lados de esta fachada á la manera que en todas ellas, dos hermosas torres de mas de 200 pies de elevación con capiteles de pizarra. La portada principal está en el centro; á igual distancia y entre ella y las torres hay otras dos de menos importancia. Esta puerta, que da entrada al patio de los reyes, y por donde solo según la etiqueta entran dos veces los soberanos de España, la una con toda la pompa de la dignidad real en vida, la otra con todo el luto de la dignidad real en su muerte, está adornada por un cuerpo de arquitectura de medio resalto que se eleva á 145 pies por 140 de ancho. Sobre un pedestal de una vara de altura se alzan ocho columnas dóricas que forman un intercolumnio de cada lado. La puerta tiene de luz 24 pies de alto por 12 de ancho, guardando proporción doblada con las de las ventanas.

Levántase encima de este cuerpo otro de orden jónico, compuesto de cuatro columnas del mismo relieve que las inferiores, terminando en un frontispicio

tirangular formado por tres bolas sobre pedestales que dan cima á la portada. En el centro de este segundo cuerpo se vé la estatua colosal de San Lorenzo de 30 pies de alto, labrada por el escultor Monegro en piedra berroqueña fuera de los estremos que son de mármol blanco. Mas abajo se ven las armas reales en un lugar muy humilde, expresivo emblema de la inmensa distancia que hay de los reyes del mundo á Dios, el rey de los reyes.

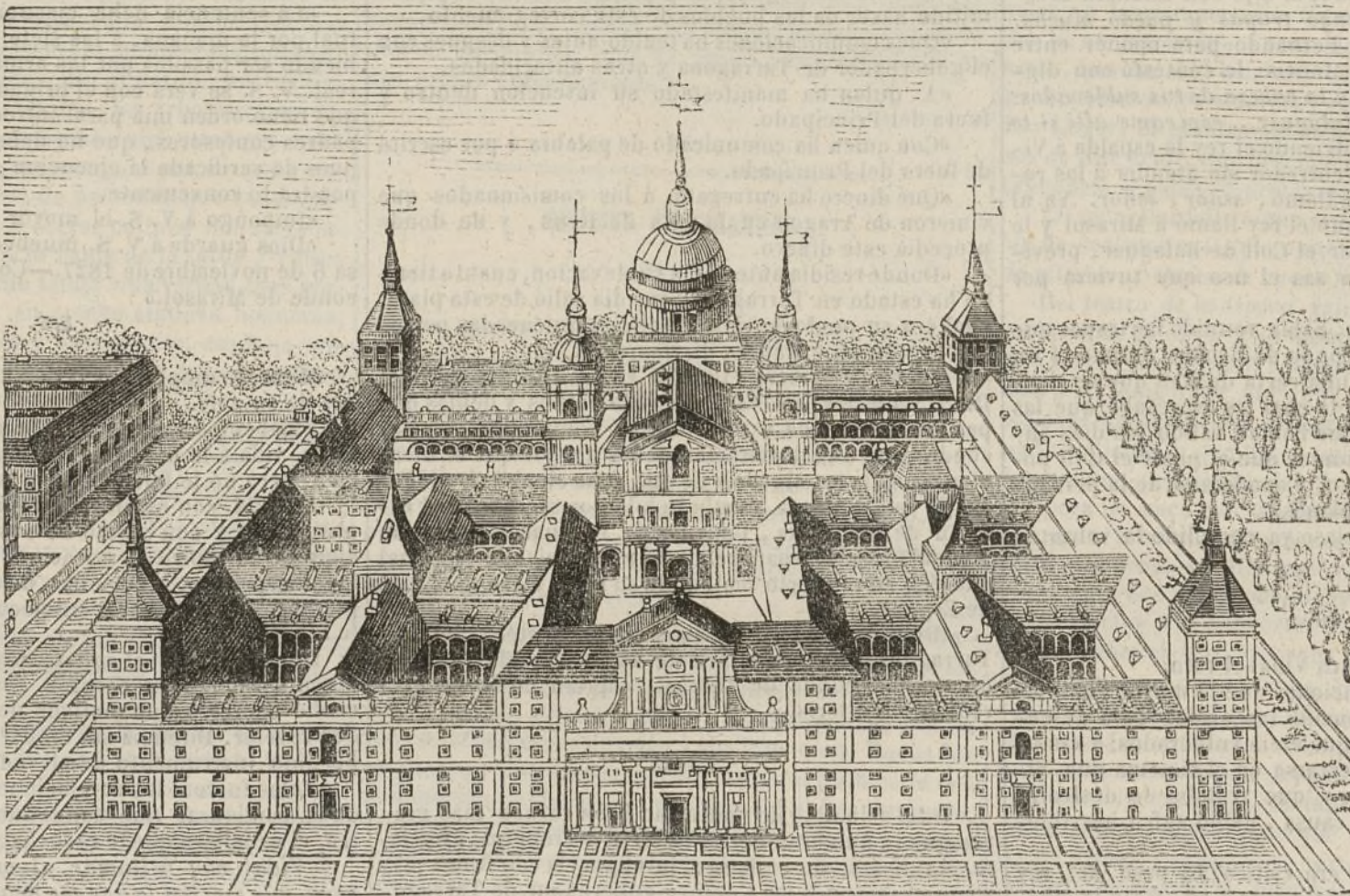
El lienzo del Oriente tiene 744 pies en línea recta, ó 1098, tomando en cuenta las salidas y resaltos de la fábrica, que afectan algun tanto tan noble arquitectura. Los ordenes de ventanas, las que son en número de 386, son exactamente iguales á los del paño que mira al Mediodía.

La puerta principal da entrada al patio de los Reyes, llamado así no tanto por las entradas solemnes, como por las seis estatuas colosales que hay sobre la cornisa del patio, y á que tanta celebridad ha dado la copla popular de

Seis reyes y un santo.
Salieron de este canto
Y quedó para otro tanto.

Así se lee todavía grabada en una enorme piedra que se halla en el campo llamado de los Reyes, Jurisdicción de Peralejo.

Los seis reyes son Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés, elegidos de entre los del Antiguo Testamento, porque todos tuvieron mayor menor parte en el templo de Jerusalem, y en su restauración. Tiene de alto 17 pies cada estatua, y to-



Vista del monasterio de San Lorenzo, en el Escorial.

tirio de San Lorenzo, lo que es un verdadero logogrifo en la arquitectura. Para ver esta colosal parrilla formada de magnífico edificios, es preciso subir á la montaña inmediata, desde donde se vé á vista de pájaro todo el plano del palacio y del monasterio. En aquella montaña hay formada sobre la peña dura una silla donde el tétrico y poderoso Felipe II pasaba los días enteros viendo el tropel de obreros, que como por encanto hacían salir de las rocas aquel magnífico templo.

El lienzo que mira al Mediodía tiene de torre á torre 580 pies, y parece el mas hermoso de todos, aunque no hay ni pilastras ni fajas, escepto la que da vuelta en torno del edificio á los 30 pies de altura, y la gran cornisa con que termina su fábrica. Por este lienzo fué por donde se comenzó la fábrica, y donde se colocó la primera piedra fundamental que viene á estar debajo del asiento que ocupaba el prior en el refecto-

rio; pusieron en ella la siguiente inscripción en tres caras:

das ellas, como la del santo citado en la copla, que es San Lorenzo, del que ya hemos hablado al describir la portada, fueron obra del famoso escultor Juan Bautista Monegro.

Vanamente intentaríamos nosotros presentar á la vista de nuestros lectores el panorama sublime que ofrece el interior de la iglesia del Escorial mirado desde lo alto del coro; nosotros no podemos de ningún modo pintar la pompa de esta arquitectura bíblica, severa y magestuosa, porque nada podría reproducir la impresión que nosotros hemos sentido tantas cuantas veces nos hemos prosternado en el pavimento de este templo, que es uno de sus mas preciosos adornos. El Escorial es uno de los templos mas bellos que la humanidad ha levantado jamás á Dios.

Debajo del altar mayor se encuentra el Panteon donde descansan los despojos mortales de los reyes. Comenzado por Felipe III, lo llevó á término Felipe IV, bajo la direccion de Fr. Nicolás de Madrid, monge cuyo retrato se ve en el primer descanso de la escalera que conduce á él. Situado el Panteon bajo el altar mayor, el celebrante sienta los pies sobre la clave de su bóveda. Felipe II no habia querido destinar para enterramiento suyo y de su familia mas que una simple bóveda de piedra berroqueña, mezquina, sin luz, sin ningún adorno; y cuando algunos le mostraban su extrañeza por ello, respondia humildemente aquel poderoso rey cuyo dominio se extendia á dos mundos, que él habia hecho habitacion para Dios, que su hijo si quisiese la haria para sus huesos y los de sus padres. Efectivamente, Felipe III cumplió las insinuaciones de su padre; construyó esa capilla subterránea revestida de mármoles, rica y soberbiamente dorada, en donde hay diversas urnas de bronce, dentro de las cuales descansan los monarcas de España y las reinas que han dejado sucesion. El panteon del Escorial fué digna sepultura para Felipe II.

Hay ademas en el Escorial una famosa biblioteca, rica en pinturas y libros curiosos, y donde ademas se encierran preciosos manuscritos de autores antiquísimos. Nosotros hemos visto entre otros un original escrito por Santa Teresa, esa santa, gloria de la iglesia, esa muger instruida, orgullo de nuestra nacion. Consérvase tambien uno de los tres ejemplares del Corán, que se asegura haber existido en tiempo de Mahoma, y que fué cogido en la batalla de Lepanto.

No entramos en la descripcion del palacio del Escorial, que constituye una de las partes del edificio, porque en nuestra revista religiosa solamente nos hemos propuesto dar una ligera idea de los mas bellos templos del cristianismo.

EL CONDE DE F.

SEMANA JUDICIAL.

Causa contra el general

DON RAFAEL DEL RIEGO.

(Continuacion)

Deseando el juez instructor de la causa vencer la noble y digna resistencia del general Riego á responder á los cargos que como diputado inviolable de la nacion se le hacian, acordó que se le apremiase de nuevo con mayor energia, manifestándole que S. M. el rey don Fernando VII se hallaba ya en el ejercicio de su poder absoluto, y que con este motivo habia cesado la Constitucion política de la monarquia.

Apremiado don Rafael del Riego en estos términos, quiso convencerse por sus propios ojos de la verdad de lo que se le manifestaba, y al efecto pidió y se le entregó en el acto una gaceta extraordinaria, de la cual constaba que S. M. se hallaba ya en el libre uso de su soberanía, habiendo cesado en sus funciones la regencia del reino, que habia sido nombrada durante la que se decia entonces cautividad del monarca en la plaza de Cádiz. Instruyóse ademas al procesado de que la citada regencia, en el tiempo que estaba gobernando la monarquia, habia declarado nulo todo lo hecho en la época constitucional desde el 7 de marzo de 1820.

En la imposibilidad de resistir á tales medios de coaccion, que se querian justificar por el juez con apariencias de legalidad, el procesado contestó con dignidad, si bien poseido del justo recelo que era consiguiente en tan críticas circunstancias, que siendo cierto cuanto se le habia manifestado y habiendo cesado en sus funciones la representacion nacional, no tenia inconveniente en responder á la pregunta que se le habia hecho, á pesar de tratarse en ella de sucesos públicos y que nadie en la nacion ignoraba.

Dijo pues, previo nuevo juramento que se le hizo prestar, que en efecto se habia hallado en la sesion de las cortes de 11 de junio de aquel año de 1823, en union con todos los demas señores diputados, cuyos nombres deberian constar en las actas de aquel dia, y que habia votado por la traslacion de S. M. el rey y su augusta familia á Cádiz, y por el establecimiento de una regencia interina, persuadido de que en la agitación en que se hallaban los ánimos en la ciudad de Sevilla, y en la situacion de las tropas que la guardaban, eran estas medidas las mas convenientes para la conservacion de la vida de S. M. y real familia y para sostener la dignidad y el decoro de la represen-

tacion nacional, cuyos sagrados objetos se habian visto espuestos en varias ocasiones, á los desacatos y violencias de las turbas desenfrenadas.

El general Riego citó á este propósito las dolorosas ocurrencias que tuvieron lugar en Sevilla el dia 13 del mismo mes, en que se verificó por el pueblo un horrible saqueo de los bienes pertenecientes á varios diputados, sin perdonar los del mismo rey, segun las noticias que habian corrido entonces, y manifestó que las cortes, al acordar las medidas de que se ha hecho mérito, no tuvieron otro objeto que evitar la repetición de tan escandalosos atentados, poniendo en seguridad á la sagrada persona del rey y á la asamblea nacional. Espresó que nada tenia que añadir en este punto á lo que habia manifestado, y que solo pedia que se evacuasen las citas que habia hecho en su declaracion; á lo cual no tuvo por conveniente acceder el juez instructor, sin duda por no dilatar demasiado el terrible desenlace del drama judicial que bajo las apariencias de una mentida legalidad, se quiso representar en este memorable proceso.

Hízosele pues cargo, fundado en esta confesion, de haber votado en las cortes el establecimiento de la regencia, y lo que se llamaba en aquellos tiempos de irritacion y de encono político, la destitucion de S. M. privándole de la sombra de autoridad que le habia dejado la llamada Constitucion de la monarquia, y que, al obrar de este modo Riego y los demás diputados, habian cometido el grave delito de lesa magestad. Ofendido el general al oír estas palabras, por las que se violentaban de un modo tan injusto y arbitrario sus patrióticas intenciones, y se daba á su conducta como diputada una interpretacion tan indigna, respondió con severo laconismo, que su última declaracion contestaba cumplidamente á tan improcedentes y violentos cargos.

Reconvínoselo de nuevo por el juez, para que confesase la certeza del cargo que se le hacia, puesto que resultaba por los periódicos de aquel tiempo, y era público y notorio en Sevilla, que S. M. el rey habia espresado á la comision de las cortes y al gobierno mismo, las poderosas razones de política y de conciencia que le impedían trasladarse á Cádiz, y que en ejecutar lo contrario, se habia cometido una notoria violencia contra el soberano, así como tambien en destituirle, nombrando la regencia provisional que le privó del mando que, aunque disminuido de sus derechos y consideraciones, le correspondia con arreglo á la llamada Constitucion de aquel tiempo: que con estos actos se habia cometido contra S. M. la mas atroz injuria, incurriendo sus autores en las penas marcadas por nuestras leyes antiguas al delito de lesa magestad, segun lo tenia declarado la regencia que habia gobernado el reino durante el cautiverio de S. M. Añadió el juez que el procesado no podia disculparse de estos gravísimos cargos, diciendo como habia dicho, que votó movido por el interés que le inspiraba la vida de S. M. y real familia; puesto que ni aquel ni esta, hubieran experimentado en Sevilla daño alguno, porque á escepcion de algunas pocas personas desafectas al monarca, la gran mayoría de la nacion respetaba al rey como á su señor y soberano.

Riego hecho cargo de tan graves como infundadas inculpaciones, contestó reprimiendo su justa indignacion, que ademas de las razones que tenia espuestas en su declaracion, debia añadir ahora que nadie respetaba mas que él la persona de S. M., y que este respeto fué cabalmente el que le impulsó á obrar del modo que lo hizo.

Recordó entonces el procesado, que siendo guardia de corps en 1808, habia demostrado su decision y amor á la persona del rey en los graves acontecimientos que tuvieron lugar en Aranjuez, en los dias 17, 18 y 19 de marzo de aquel año: que por no haberse querido someter á las órdenes del príncipe Murat, fué conducido al Escorial en union con otros compañeros, desde donde pasó á la provincia de Asturias, y uniéndose al general don Vicente María Acebedo, hizo con él la gloriosa campaña de 1808 contra los franceses, hasta que viendo un dia que dicho general se hallaba mal herido y abandonado de los suyos, fué, por atender á salvarle, hecho prisionero por las tropas enemigas y conducido á los depósitos de Francia, donde sufrió, en union con otros compañeros, los mayores tormentos, privaciones y miserias, todo por el amor que habia profesado desde su infancia á la persona de S. M. el rey. Que en el año de 1813, pasó voluntariamente, y autorizado por S. M. al ejército que combatia contra Napoleon, que procedente de la isla de Elba habia invadido de nuevo el territorio francés, y que tanto en estas últimas circunstancias, como en las anteriormente referidas no habia tenido otros móviles que su patriotismo y amor á su rey. El general Riego se estendió despues á manifestar las demostraciones de sumision y respeto que en diferentes ocasiones habia tributado á S. M. durante la época constitucional, y añadió que respecto á las leyes que se le citaban, conminándole con sus graves penas, no habia incurrido en ellas de modo alguno, por las razones que tenia espuestas, y que siempre habia procurado ajustar su conducta como militar y como diputado á las leyes del reino, y á las órdenes y decretos de S. M. Vuelto á reconvenir para que confesase francamente los crímenes de que se le hacia cargo, incurriendo en la pena señalada al de lesa magestad en el hecho de haber sido uno de los que votaron destronar á su soberano, y forzarle á salir de Sevilla, no motivando esta resolucion en las razones que habia indicado el

confesante, y sí en haber tenido la osadia el diputado Galiano de hacer una proposicion para acordar que S. M. el rey se hallaba en el caso de impedimento moral ó delirio, lo que junto con los testimonios que públicamente constaban de la desafeccion del confesante á su legítimo soberano, siendo uno de ellos, el trastorno que habia sufrido la monarquia por su causa desde que en 1820 habia proclamado la Constitucion al frente de sus tropas, todo esto le convenia de criminal, y de estar comprendido en las penas señaladas á los delitos que se referian en el cargo, sin que le sirviese de excusa decir que ignoraba las leyes antiguas del reino, y el decreto de la regencia que las renovaba, porque eran bien conocidas en España, estaban incluidas en la ordenanza militar, y eran las que regian en todas las monarquías, de que el que atentase á destronar á su soberano fuese castigado como reo de lesa magestad.

El general contestó á estas reconvenções, que habiendo obrado en la sesion del 11 de junio de aquel año con arreglo á la Constitucion política de la monarquia, jurada por el mismo rey, estaba intimamente persuadido de no haber quebrantado las leyes antiguas del reino que por el juez se le citaban, y que rechazaba con energia la idea que se le suponía de haber pensado destronar á S. M., por haber votado con otros señores diputados su traslacion á Cádiz, y el nombramiento de una regencia interina, en lo cual habia obrado con arreglo á su conciencia en uso de su derecho, y persuadido de que con ello hacia un bien á su rey y á su patria; que por lo respectivo á la desafeccion que se le suponía al soberano, se referia en un todo á las francas y verídicas manifestaciones que tenia hechas anteriormente, añadiendo como una prueba principalísima la obediencia y sumision que habia tributado á la real persona en todas las épocas de su vida, especialmente en los primeros dias de marzo de 1820, cuya época se le citaba como un cargo, siendo los sucesos de entonces un recuerdo glorioso para él y para toda la nacion española. Dominado el juez por las pasiones políticas de aquella época, claro es que habia de escuchar con repugnancia y desagrado las patrióticas manifestaciones del general Riego, y lejos de satisfacerse con sus respuestas, le reconvino de nuevo para que confesase el cargo que se le hacia, diciéndole que debia saber que aun cuando hubiera obrado con arreglo á la llamada Constitucion, esta no era válida, por haberse obligado á S. M. violentamente á que la jurase, y que por ello tenia declarado que todo lo hecho desde el 7 de marzo de 1820, hasta 1.º de octubre de 1823, era nulo y de ningún valor.

Diffícil era en verdad contestar con calma á tales reconvenções. Sin embargo, el general Riego respondió con dignidad que era público y notorio que S. M. habia jurado espontáneamente la Constitucion de 1820 y que así lo habia manifestado á la nacion y al mundo entero en documentos públicos y solemnes: que lo de haber anulado el rey todo cuanto él mismo habia hecho en la época constitucional, no le constaba de un modo positivo, pero que aun cuando así fuese, le parecia que los tiempos no podian invertirse, porque lo que habia existido una vez legalmente, no podia anularse de esta manera, en perjuicio de las personas que de buena fé habian arreglado su conducta á las leyes y disposiciones que regian en la época que se le citaba. Aqui concluyó la confesion con cargos del general Riego, insistiendo este en la legalidad de su proceder como diputado de la nacion, por lo que ningún castigo merecia, y el juez insistiendo tambien por su parte en que el procesado era reo de lesa magestad, en el mero hecho de haber votado en la célebre sesion de las cortes de Sevilla de 11 de junio de 1823, la traslacion del rey á Cádiz, y el establecimiento de una regencia interina que sostuyese el trono constitucional contra la invasion de las tropas francesas, que mandaba el duque de Angulema. Los tiempos se habian trocado completamente, y en la época de la formacion de esta causa era un crimen imperdonable lo que algunos meses antes habia sido para el general Riego un título de gloria y merecimiento. El estudio de nuestra historia contemporánea nos demuestra en esta ocasion mas que en ninguna otra, cuan cierto es aquel dicho de uno de los primeros poetas españoles, de que en las luchas de los partidos, los vencedores son siempre leales y nobles, y los vencidos traidores.

Ratificado el general Riego en sus declaraciones y confesion se le hizo saber que la causa se hallaba en estado de acusacion, y que para hacer despues su defensa, nombrase procurador y abogado, á lo que contestó que no conocia á nadie, y que se le nombrase por el tribunal.

En tal estado el proceso, sin haberse evacuado ninguna de las citas hechas por el acusado en sus declaraciones, se mandó pasasen los autos con urgencia al señor fiscal de la sala don Domingo Suarez, para que formulase su acusacion por escrito, quien los devolvió al tribunal el dia 10 de octubre del mismo año.

La acusacion del fiscal de S. M. es un documento curioso, y atendida su corta estension, creemos deber insertarla íntegra, para que nuestros lectores puedan apreciar por sí mismos hasta donde llegaba el fanatismo y la intolerancia de aquellos tiempos, y abuso que se hizo del sagrado ministerio judicial, convirtiéndolo en esta causa en terrible instrumento de una venganza política. Este famoso documento, notable ademas por los errores jurídicos que en él se estampaban, por el trastorno de sus ideas, y por la vulgaridad y desaliño de su estilo, dice así:

«Si vuestro fiscal, Sermo. Sr., hubiera de acusar al traidor don Rafael del Riego de todos los crímenes y delitos que forman la historia de su vida criminal, manifestando el cúmulo de hechos que califican su alta traición, no bastarían muchos días y volúmenes, que no permiten ni la precisión de una censura, ni las pocas horas que ha tenido el fiscal en su poder la causa, consultando el interés de la vindicta pública en el pronto castigo del mayor de los delitos, y la suma urgencia con que V. A. le ha pasado la causa, cuyos méritos y motivo de su formación le obligan también al fiscal á circunscribirse en su acusación á uno de los muchos delitos de alta traición que, en los hechos revolucionarios, de que tanto abunda, ha cometido el traidor Riego, contra cuya vida monstruosa claman no solo el verdadero pueblo español, sino todas las sociedades que existen bajo de sus legítimos gobiernos, y reconocen la verdadera autoridad de sus reyes, escandalizadas y aun perturbadas con la facción revolucionaria que ha causado tantas desgracias á la noble nación española, y de que fué corifeo el infame y traidor Riego en el alzamiento de las cobardes tropas destinadas á la pacificación de las Américas, abandonando su misión, y proclamando una Constitución anulada por su soberano, como destructora de sus sagrados derechos y base de un gobierno inductivo de la anarquía, y destructor de las leyes fundamentales de la monarquía y de nuestros usos, costumbres y santa religión, como desgraciadamente hemos experimentado durante la ominosa época de la llamada Constitución, de la que fué primer proclamador el infame Riego, puesto á la cabeza de la soldadesca que mandaba en las Cabezas de San Juan, y en que, obrando contra su rey y señor, faltando al juramento de fidelidad que prestó al pie de sus banderas cuando entró en la honrosa carrera militar, no solo hizo aquella proclamación, sino que, á la cabeza y mandando á aquella soldadesca, violó el territorio español, obligándolo por la fuerza de las armas á sucumbir á su propia traición, despojando á las autoridades legítimamente constituidas, y erigiendo por sí otras constitucionales, por lo que, entre los rebeldes y faccionarios le trajo el renombre de *héroe de las Cabezas*, y en cuya empresa continuó después del aciago día 7 de marzo, en que en esta corte por otra facción de rebeldes con el puñal al pecho, obligaron al rey nuestro señor, que como de hecho y sin voluntad adoptase una constitución que deprimía su autoridad y traía la desgracia de su reino, y por lo que con manduro consejo la había derogado en 1814. Después, vuelvo á decir, de este aciago día, el monstruoso Riego continuó escandalizando una gran parte de la Península, presentándose en las plazas y balcones de sus respectivos alojamientos predicando la rebelión, victoreando al ominoso sistema constitucional, y autorizando los mayores crímenes, hijos de una revolución que tantos padecimientos ha traído á la augusta y sagrada persona del monarca.

«Si vuestro fiscal, señor, se viese autorizado y precisado á usar de su alto ministerio formando á Riego los cargos que resultan por notoriedad, y que son capaces de la mas completa justificación, patentizaría el cúmulo de delitos de toda especie que han obligado, digámoslo así, al pueblo español, á clamar en todos los ángulos de la península, diciendo *mueran el traidor Riego*, á la par que fervorosamente se aclamaba *viva el rey absoluto*. Empero, el motivo de la formación de esta causa, y que contiene la real orden de 2 del corriente, y obra al folio 37, obliga á vuestro fiscal á acusarle específicamente del horroroso atentado cometido por este criminal como diputado de las llamadas cortes, votando la traslación del rey nuestro señor y su real familia á la plaza de Cádiz, violentando la real persona que se haba negado á su traslación, llegando la traición hasta el extremo de despojarle de aquella autoridad precaria que la rebelión le permitía, y contra quienes se mandó proceder por el real decreto de 23 de junio, señalándose en su artículo 3.º los diputados que tuvieron parte en semejante deliberación, y mandándose que los tribunales les aplicasen las penas establecidas por las leyes á semejante delito de alta traición, sin necesidad de mas diligencias que la identidad de la persona.

«Mas en la presente causa, tenemos todos los requisitos que en cualquiera otra, que no sea privilegiada, se exigen para la imposición de las penas correspondientes á toda clase de delitos, cual es cuerpo del tal, reo conocido y prueba de su perpetración. Cuerpo del delito, es el horroroso atentado de violentar la persona del rey nuestro señor, en la traslación de Sevilla á Cádiz, que resistió hasta el extremo inaudito, y sin ejemplar en la nación española, de despojarle de su autoridad, nombrándose una regencia á consecuencia de una proposición hecha en las mismas cortes por el diputado Galiano, cófrade del criminal Riego en sus traiciones y delitos de lesa magestad, que nuestras leyes condenan con la pena de muerte, infamia y demas que comprenden las leyes del título 2.º, partida 7.ª, concordantes con las de la Recopilación. Tenemos por reo conocido de este gravísimo delito al referido don Rafael del Riego, como uno de los diputados que votaron y cometieron semejante crimen, resultando por último la prueba de ello, no solo por lo que informa, con relación á las diligencias practicadas en su averiguación, la sala del crimen de la real audiencia de Sevilla, acompañando las copias autorizadas de todos los periódicos que redactaron aquella escandalosa sesión del 11 de junio último con las listas y demas que acreditan la complicidad de Riego, sino que

tenemos su propia y terminante confesión judicial, que constituye en lo legal aquella prueba clara como la luz que hace necesaria la imposición de la pena al delincuente; y por todo lo cual el fiscal pide contra el reo convicto y confeso de alta traición y lesa magestad don Rafael del Riego la de último suplicio, confiscación de bienes para la cámara del rey, y demas que señalan las leyes citadas; ejecutándose en el de horca, con la cualidad de que del cadáver se desmembre su cabeza y cuartos, colocándose aquella en las Cabezas de San Juan, y el uno de sus cuartos en la ciudad de Sevilla, otro en la Isla de Leon, otro en la ciudad de Málaga y el otro en esta corte en los parages acotados y como principales puntos en que el criminal Riego ha escitado la rebelión y manifestado su traidora conducta, con condenación de costas: como todo lo pide el fiscal, y espera de la justificación de V. A. en satisfacción de la vindicta pública cuya defensa le está encargada, y como procurador del rey y sus sagrados derechos. Madrid y octubre 10 de 1823. Domingo Suarez.

F. P. DE A.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESCENAS ITALIANAS.

1557—1819.

Los bandidos de los estados romanos.

(Continuacion.)

Luego que llegué á una especie de meseta cubierta de arbustos, se pusieron detrás de mí, y teniendo preparados sus trabucos, con amenazadora voz gritaron á los que venían que se acercasen y echasen boca á bajo. El que habia ido á Tivoli, porque en efecto era él: contestó con enfado: «¿Para qué tanta ceremonia? no basta venir reventado de cansancio y hacerme subir esta áspera cuesta cargado con 500 escudos? vedlos aquí, añadió presentando el talego á Masocco: es todo cuanto ha podido agenciarse en la ciudad.—Está bien, respondió este tomándolo,» en seguida contó el dinero, vió que estaba completa la cantidad, alabó la honradez del paisano, y le gratificó con los tres escudos que le habia dado yo. Hecho esto soltó á algunos aldeanos que habian detenido sus gentes en el camino, poco después de mi arresto, y que entorpecían nuestra marcha, y dió orden de partir.

—Supuesto que has recibido tanto dinero por mi rescate, ¿por qué no me das libertad como á esos otros? pregunté incomodado al gefe.

—Quiero esperar la vuelta del que ha ido á Castel-Madama: tal vez traerá otros quinientos escudos como el de Tivoli.

—Estais equivocado, Castel-Madama es una aldea tan miserable que en toda ella no se encontrarán ni aun cuatro.

—Ya veremos.

—Entonces mas valdria matarme de una vez si he de pasar la noche en estas montañas: tan mojado como estoy voy á enfermar y perderé la salud para siempre.

—Tu salud y tu vida me importan un bledo, replicó con enfado el gefe, y te aconsejo que calles, porque mis compañeros podrian incomodarse si te oyen. Mas hubiera querido añadir, pero esta respuesta me selló los labios: callé, pues, y un ladrón que me daba el brazo para ayudarme á subir la cuesta me dijo que hacia bien en no hablar mas, porque á sus compañeros y á él se les daba tanto de mi vida como de la de un perro. Caminamos silenciosos toda la tarde y hacia la media noche hicimos alto á cierta distancia de unas casucas medio arruinadas, junto á las que encontramos un asno que pertenecía á unos pastores de aquel contorno; el gefe se compadeció de mí porque me vió casi muerto de cansancio: hizo echar una zalea sobre el lomo del animal y me mandó montar: hecho esto dió orden á su gente para que apresurase la marcha, y no tardamos en llegar junto á unas chozas abandonadas que estaban casi en lo mas alto de la montaña. Allí en una era hicieron un gran fuego: el gefe me dijo que me quitase los vestidos para secarlos, mas como mis miembros estaban tiesos por el frio él mismo me ayudó, y me hizo echar junto al fuego. Habiéndose secado me vestí, y permanecí tendido cerca de la fogata, en tanto que los ladrones asaban un carnero que acababan de robar. Mi cansancio era tan grande que no tardé en dormirme profundamente: cuando desperté toda la cuadrilla dormía escepto las centinelas y el gefe que habia atravesado unas chuletas en la punta de una baqueta y las estaba asando: me convidó con ellas y probé á comerlas, pero no pude tragar un bocado, y se las dió al mensajero de Tivoli que estaba echado á mi lado.

A la siguiente mañana, cansados los bandidos de aguardar la vuelta del paisano que habian enviado á Castel-Madama para que trajese la otra mitad del rescate del cirujano mandaron otro mensajero con otra carta de su prisionero; uno de ellos queria que se le cortase una oreja, é incluirla en la carta como posdata de apremio, pero el gefe hizo de manera que no se llevase á ejecución tan peregrina idea; mas en el momento en que el propio iba á ponerse en camino,

—Acuérdate bien, le dijo, que si no estás de vuelta

mañana antes que anochezca, es escusado que nos busques, porque habremos arrojado en un pozo al doctor Cherubini.

Esta noche y la mañana del día siguiente se pasaron en marchas y contramarchas por las cumbres de las montañas vecinas. Sin embargo nuestro prisionero estaba tranquilo porque luego que marchó el propio le dijo el gefe.

—Ahora que ya no puedes hablar con el que hemos mandado á Castel-Madama te prometo que te daré mañana libertad por pequeña que sea la cantidad que me traiga.

Esta promesa me consoló tanto, añade el cirujano que en aquel momento me pareció el bandido un ángel bajado del cielo, le besé la mano, y le di las mas expresivas gracias por tan inesperada benevolencia. Este agradecimiento es muy italiano, y de él se deduce que el doctor Cherubini tenia un terrible miedo, y él conviene en ello, y lo confiesa ingenuamente. «Las picaduras de los mosquitos me lastimaban la cara y el cuello causándome vivos dolores, dice él, mas desde el asesinato del desgraciado Marasca tenia tanto temor de que no tomasen los ladrones mis movimientos, si eran demasiado vivos, por indicios de cólera ó impaciencia que no me atrevia ni aun á levantar la mano para espantarlos.» En cuanto á los demas los bandidos prodigaban á su prisionero consuelos verdaderamente evangélicos: uno de ellos que llevaba el cuello un escapulario de la *Madonna de Carmine* le decia en los momentos en que lo veia mas fatigado y abatido: hermano mio llevad con paciencia estos trabajos por el amor de Dios y su Santísima Madre. Este sin duda era el capellan de la banda, por que un *fratone* no hubiera hablado mejor.

Solo el gefe parecia bajo todos aspectos superior á sus compañeros; decia que era natural de Sonnino, y aseguraba que era uno de los cinco gefes comisionados para ir á Frosinone y conferenciar con el cardenal Gonsalvi: «La fuerza nada puede contra nosotros, repeta él frecuentemente, no somos una fortaleza que puede destruir el cañon; pero semejantes al águila y al buitre, volamos alrededor de las cimas de las mas elevadas rocas, sin tener fijo domicilio.» Este hombre sacaba sin duda estas comparaciones y lenguaje de los romanos heróicos, é historias de los mas famosos bandidos, que eran su lectura favorita. «Si perecemos siete de nosotros, añadía él, al día siguiente se presentarán diez que nos reemplacen, mas todos nosotros estamos decididos á vender caras nuestras vidas, y morir estrepitosamente cuando llegue el trance. El único medio que hay para reducirnos seria concedernos un perdon sin restriccion alguna, y aun para esto el papa mismo habia de jurarnos un olvido de todo lo pasado.»

Por fin llegó el mensajero de Castel-Madama trayendo el dinero; los ladrones cumplieron su palabra, y el cirujano Cherubini fué puesto en libertad. Fue tan grande su reconocimiento, que no quiso separarse de ellos sin darles antes muchas gracias por la bondad que habian tenido y cuidados que le habian prestado durante su cautiverio.

Esta banda, cuyo cuartel general estaba próximo á Subiaco, permaneció en estas montañas hasta el otoño desafiando impunemente al gobierno pontifical, y amenazando á los habitantes de Roma, que mas de una vez pudieron ver el humo de sus campamentos.

Durante este largo periodo de tiempo, estuvieron atemorizados los habitantes de Tivoli, Subiaco, Palestrina, y todas las aldeas y pueblecillos de la campiña de Roma. Bastaba ver un hombre armado, ó una hoguera en las montañas, para tocar á rebato, y difundirse la alarma y consternación, y esto se repetia muchas veces al día. Todas las noches la campana de la iglesia episcopal de Tivoli tocaba á retirada; á esta señal se cerraban las tabernas, la guardia civil acudia á los puntos que se les habia señalado, y se ponian centinelas en todos los puentes que dan paso á la ciudad. Se sabia que los bandidos habian proyectado sorprender el barrio nuevo de Tivoli, y arrebatar algunos ricos propietarios que habitan en él, á fin de exigir después cuantiosos rescates. Si la vida de un miserable cirujano de aldea se habia comprado con mil escudos, ¿cuánto no tendria que pagarse para salvar la de sujetos tan acaudalados?

Sin embargo, convencido el gobierno de lo necesario que era obrar de acuerdo y con energía, habia mandado prender y encarcelar á muchos pastores convencidos del crimen de haber tenido comunicacion con los malhechores, y de haberles proporcionado víveres. Escarmentados los otros temerosos de sufrir igual suerte, se vinieron á las inmediaciones de las ciudades y pueblos: pero la audacia de los bandidos parecia aumentar con estas disposiciones, y los víveres que no podian agenciarse por aquel medio, los tomaban á viva fuerza y en grande cantidad, cayendo de improviso en las aldeas situadas en las montañas y aun en las de la llanura. Guadagnola y San Victorino fueron entre otras, víctimas de sus rapiñas.

Tan violento de estado de cosas parecia debia prolongarse, porque ya sea poca maña de las autoridades, ó sea que los montañeses estuviesen de acuerdo con los ladrones, lo cierto es, que era imposible prenderlos, y de día en día se hacian mas temibles cometiendo nuevos robos y nuevos crímenes. Sin embargo, hacia fines de setiembre corrió la voz de que las partidas que infestaban el pais, se habian replegado hacia Agnani y Ferentino, y que las inmediaciones de Tivoli y Subiaco estaban libres de

aquel azote: los habitantes se felicitaban mutuamente de lo que ellos llamaban su libertad, cuando de repente los sacó de esta engañosa seguridad el rapto del arcipreste de Vicobaro y el asesinato de un sobrino suyo. Iba el sacerdote en compañía de este y de un amigo, por el camino que conduce de Vicobaro á Suhiaco, cuando fueron sorprendidos y atacados por gente armada. El joven que llevaba una escopeta, viendo que un ladrón había derribado á tierra á su tío, y que le amenazaba con un cuchillo de monte, le dió un culatazo en la cabeza, mas antes que pudiese descargar el segundo, cayó sin vida la cara contra el suelo atravesada la espalda de una profunda puñalada.

Los asesinos dejaron el cadáver en medio del camino, se llevaron al arcipreste y á su amigo á los montes, y como lo aborrecían de muerte, exigieron una suma tan exorbitante por su rescate que fué imposible pagarlo la parroquia. Irritados aquellos, hicieron sufrir al desventurado sacerdote y á su compañero los mas atroces tormentos: por de pronto les cortaron las orejas, y las enviaron á sus familias con nuevas intimaciones y amenazas: tardando aquellas demasiado, ó no siéndoles posible reunir la suma exigida por el rescate, los asesinos enviaban todos los dias mensajeros llevando cada uno un dedo de sus pobres prisioneros: el aspecto de estos desventurados, sus heridas sin curar, devorados por una ardiente calentura, y obligados de continuo á hacer penosas marchas por aquellas asperezas hubieran ablandado y movido á lastima á otros corazones menos feroces y empedernidos. En fin, cansados los malvados de esperar, incomodados por los continuos lamentos y ayes de sus víctimas que no podían seguir sus precipitadas marchas sin sufrir dolores agudísimos, los degollaron inhumanamente, y arrojaron sus cadáveres á una profunda barranca.

Los paisanos que habían ido autorizados para ajustar el rescate con los asesinos, contaron todavia horrorizados las crueldades que ejecutaron con aquellos infelices antes de quitarles la vida. La víspera del dia en que los asesinaron despojaron al arcipreste de su sotana, y á pesar de los agudos dolores que le causaban las heridas de sus manos mutiladas le hicieron poner el vestido de terciopelo de uno de sus camaradas, le cubrieron la cabeza con un sombrero gacho, y le obligaron á coger su carabina con ambas muñecas, en tanto que otro malvado vestía la sotana y con cierta especie de irrisión y sacrilego tono le predicó un sermón sobre la muerte en un lenguaje grosero y digno de tal orador. Los demás ladrones se habían puesto de buen humor con el disfraz de su compañero: rodearon á su prisionero, bailaron en torno suyo dando estrepitosas carcajadas como acostumbra hacer los canibales antes de devorar sus víctimas. Por último viendo que el desgraciado sacerdote agoviado por la fiebre y sufrimientos se había desmayado, le hicieron volver en sí aplicándole una ascua en cada mano.

Sin duda se creará que á resultas del asesinato del arcipreste de Vicobaro el gobierno tomó medidas terribles y vigorosas, mas no fué así: se entablaron conferencias entre los agentes del papa y los bandidos, no tardó en tratarse de una amnistia sincera y franca; pero estos que no ignoraban que solo el fuerte que sabe castigar es el que perdona de veras, no querían aceptarla sino bajo ciertas condiciones, entre otras que el gobierno de Su Santidad había de obligarse á no perseguirlos: establecerlos honrosamente y atender á su subsistencia, de modo que tan inmoderadas exigencias eran mas bien pedir recompensas que solicitar perdón. El cardenal legado desechó tan degradantes proposiciones y principió de nuevo el pillage, de manera que todo el pais comprendido desde Fondi á Suhiaco fué en cierto modo puesto á contribución por estas bandas siempre perseguidas y nunca derrotadas. Entonces fué cuando tuvo lugar el singular suceso que vamos á referir, suceso que da á conocer tanto el desacierto y debilidad del gobierno romano como la audacia y raterías de los bandidos.

El superior del colegio de Terracina que era venerado y acatado en todo el pais por su piedad y fervor verdaderamente teatral, había ofrecido al gobierno hacer de mediador entre el estado y los bandidos y el gobierno había aceptado tan ridícula oferta. Este hombre que era considerado como un ser inspirado, y que pasaba por uno de los mas elocuentes predicadores de la época, confiando demasiado en la irresistible fuerza de sus palabras, coge un dia un crucifijo, y solo y erante por las montañas se dirige á los ladrones. No pudo dar con ellos sino al cabo de algunos dias, y entonces encarándose á los principales cabecillas les amonestó y conjura por la sangre y padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo que depongan las armas. «Tened consideración y contemporizad con vuestros conciudadanos, les dijo con exaltado celo, cesad de ser el azote y el espanto del pais: ¿qué es lo que pedís, un perdón general? yo os lo traigo: ¿qué mas deseais, pensiones, empleos? el gobierno os lo promete; aun hará mas, se obliga á revocar el decreto contra Sonnino, á reedificar vuestras casas arruinadas, y á poner en libertad á vuestros compañeros que gimen en los calabozos.» Estas ofertas mas positivas que su elocuencia eran las únicas que podían seducir á sus oyentes: el cura advirtió que conferenciaban, y se consultaban unos á otros, y quiere aprovechar estos momentos de irresolución: pone en acción y hace que intervenga la Virgen Purísima, San Antonio y el Crucificado: les hace ver que cada crimen que cometen, renueva sus padecimientos y hacen que corra la sangre de su divino costado.... tanto les dice,

tanto les exhorta, que por último los decide á que admitan las ofertas que no debía haberle autorizado el gobierno para que las hiciese.

Empero el celo y presunción del orador no están enteramente satisfechos con este triunfo; le parece poco haber conseguido desarmar á estas gentes indómitas; quiere que se conviertan y que cada uno de estos empedernidos malvados sea un pecador contrito y arrepentido; deben aprovecharse del ejemplo del buen ladrón y aspirar á su dichoso término. Los bandidos fingían que la elocuencia del orador los ha trocado y movido sus corazones; le siguen al convento de Terracina; durante algunos dias observan en aquel santo recinto una vida ejemplar: el ayuno, la oración, las mortificaciones y los ejercicios religiosos ocupan todos los momentos del dia; jamás los mas obcecados pecadores han dado en tan poco tiempo un ejemplo de tan acendrada piedad; al verlos postrados de continuo al pie de los altares, se hubiera creído que no mediaba mas de un solo paso desde el bandolerismo á la vida monacal.

Esta piadosa farsa duraba hacia algun tiempo: todos daban la enhorabuena al rector por el feliz é inesperado éxito de su empresa: en el pais lo tenían por un santo, por un varón privilegiado y que obraba milagros, y en Roma era considerado como hombre sapientísimo y extraordinario, cuando de repente se muda la escena, y esta piadosa práctica de austeras virtudes terminó con el desenlace mas trágico é inesperado.

Asuntos graves de disciplina eclesiástica habían obligado á presentarse en Roma al superior del convento, y permanecer en ella un dia con su noche: apenas estuvo de vuelta corrió á las celdas de sus predilectos neófitos.... ¡oh dolor! ¡oh sorpresa! están vacías las jaulas, ¡los pájaros han volado! Llama á los colegiales confiados á su cuidado que habitaban en la otra ala del edificio; nadie contesta, ¡reina el mas profundo silencio! ¡Bandidos y educandos han desaparecido! Registra minuciosamente los mas ocultos rincones del colegio, hasta que al fin encuentra encerrados y maniatados en una bodega al portero y al ayo de sus alumnos. Por ellos supo que á eso de media noche y cuando todos los habitantes de la ciudad estaban durmiendo, los bandidos habían despertado á los colegiales amenazando quitar la vida al primero que diese el menor grito y que en seguida habían tomado el camino de los montes llevándolos delante. Los pastores que vinieron de las aldeas vecinas contaron que en los bosques de Monticelo á algunas millas de Terracina habían encontrado á los jóvenes atados de dos en dos y conducidos por los ladrones como si fueran sus pasantes. No obstante aquella misma noche volvieron á la ciudad la mayor parte de aquellos, porque sus raptos temiendo les faltase los víveres, no habían querido retener, sino á los que pertenecían á familias ricas de las que podían prometerse gruesos rescates. Mientras los ladrones habían permanecido en el convento, no malgastaron el tiempo: adquirieron cuantas noticias necesitaban acerca de las riquezas y clase de cada uno de los educandos: entre estos había algunos que pertenecían á familias poderosas, y otros que eran hijos de jueces y magistrados: á estos últimos los custodiaban con la mayor vigilancia, considerando los como rehenes para usar de represalias en caso necesario: los guardamos, decían para hacer con ellos un ejemplar que horrorice. Entre estos se contaba el joven Fassani, hijo de un antiguo corregidor de Terracina. Dos dias despues del rapto unos pastores entregaron á los padres de los jóvenes robados una carta circular concebida en estos términos: «Mis queridos padres, estad tranquilos y no tengais cuidado, me hallo entre unos hombres excelentes que tienen conmigo las mayores atenciones y me cuidan mucho, aunque me han dicho que me matarán si no les enviáis inmediatamente dos mil escudos.»

Los padres consternados presentaron este escrito al cardenal secretario de estado, y este les prometió que se ocuparía de este negocio *sin tardanza*: pero los mas avisados y cuerdos no fiándose en promesas y contando únicamente consigo mismos, enviaron á los ladrones todo el dinero que pudieron reunir. Los bandidos iban poniendo en libertad á los jóvenes conforme iban recibiendo su rescate, de modo que á los ocho dias despues del rapto ya no quedaban en su poder mas de tres seminaristas, hijos de magistrados, de once á doce años de edad, y el joven Fassani, de catórcice, que como hemos dicho, lo era del antiguo corregidor. También los padres de estos infelices habían pagado la cantidad que se les había exigido, y sin embargo, corrió muy pronto en Roma la noticia de que dos de los tres jóvenes presos habían sido degollados inhumanamente. Tan funesta nueva en parte no era exacta: los dos hijos de los magistrados en efecto habían perecido, pero el joven Fassani se había librado milagrosamente: hé aqui como lo contó él mismo luego que estuvo en el seno de su familia.

Luego que nos sacaron los ladrones del seminario se dirigieron precipitadamente hácia los montes siguiendo el camino de la Torre della Mole, y dejando este lugarillo á la derecha principiamos á subir cuestras muy escarpadas, hasta que llegamos á lo mas encumbrado de las montañas: á nosotros nos llevaban atados de dos en dos, obligándonos á andar por fuerza y amenazándonos sin cesar con sus garrotes ó el puñal. Sin embargo, como el camino se iba haciendo por momentos mas áspero y estrecho y nuestras fuerzas se habían agotado, los bandidos nos cogieron en

hombros, y no se hizo el primer descanso hasta llegar á la cumbre de una elevada colina rodeada de bosques por todas partes. En aquel sitio estaba un pastor con su rebaño: los ladrones mataron dos carneros, los mas gordos, los hicieron cuartos, y en seguida los pusieron á asar en un gran fuego que habían hecho luego que llegamos. Hicieron que comiésemos con ellos observando la ceremonia de bendecir la mesa antes de principiar, y dando gracias cuando concluyeron, exactamente como habían acostumbrado hacerlo en el convento. También rezaron al glorioso San Antonio, su patron, de lo que se infiere que su momentánea conversión no les había sido del todo infructuosa. Habiendo despues colocado centinelas, y estando seguros de que no serían sorprendidos, uno de ellos cogió un libro y en alta voz leyó á sus compañeros, que escuchaban atentamente tendidos en el suelo, la vida y hechos de los famosos Ricardo y Pietro Mancino (1). Cuando oían los bandidos tan heroicas hazañas hacían exclamaciones de admiración y sorpresa, y en sus semblantes se pintaba los vivos deseos que tenían de imitarlos. En esta ocupación se pasó la tarde; luego que se hizo de noche, proseguía diciendo el joven Fassani, nos colocaron alrededor de una grande hoguera, y nos cubrieron con sus mantas; ellos hicieron lo mismo despues de haber besado devotamente una imagen de la Virgen que llevaba cada uno en un escapulario colgado al cuello, y no tardaron en dormirse; únicamente velaban los que estaban de centinela apostados en las rocas vecinas.

A la siguiente mañana nos pusimos en marcha, y caminamos todo el dia por entre montañas inaccesibles: los ladrones fueron dando libertad durante aquel dia á algunos camaradas nuestros, y en los siguientes iban soltando á los otros conforme iban trayendo los pastores ó paisanos el precio de su rescate, de manera que solo quedamos tres. Los ladrones nos ataron juntos con una misma cuerda para ahorrar trabajo y custodiarnos con mas facilidad. El dia en que se cumplían los ocho de nuestro cautiverio, vi que nuestros vigilantes hablaban entre sí acalorada y misteriosamente dirigiendo sobre nosotros miradas feroces y siniestras: uno de ellos echó mano á su puñal: yo creí que iba á asesinarnos y me puse de rodillas implorando gracia.

(Se continuará.)

SEMANA CIENTIFICA.

PAGINAS DE UN VIAGERO.

R.

PASEO POR EL LAGO.

Despues de Nápoles, Ginebra es una de las ciudades que están mejor situadas en el mundo. Aparece perezosamente tendida, é inclinando su cabeza en la base del monte Salevo, bañando sus pies en el lago, cuyas olas se los besan, y parece que no tiene otra cosa que hacer sino mirar con cariñosa ternura las mil villas sembradas por las faldas de las nevadas montañas que se extienden á su derecha, ó coronan la cima de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A la mas leve señal que haga con su mano, ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares que resbalan por la superficie del agua, blancas y rápidas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con sus pechos. Bajo un cielo tan puro y tan hermoso, y con aguas tan transparentes, parece que sus brazos le son inútiles, y que no tiene mas que respirar para vivir; y á pesar de todo, esa indolente odalisca, esa sultana perezosa en la apariencia, es la soberana de la industria; la activa, la comercial Ginebra, que cuenta en el número de sus veinte mil hijos ochenta y cinco millones.

Ginebra fué fundada hace como dos mil quinientos años. Las primeras noticias que tenemos acerca de esta ciudad las ha suministrado César, haciéndonos saber que se situó en Ginebra para contrarrestar á la invasión de los helvecios en las Galias, y que hallando su posición harto favorable para convertirla en punto militar se atrincheró en ella con este objeto. Entonces fué cuando edificó en la isla que divide el Rodano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó al dominio de los romanos, y adoptó los dioses del Capitolio, y se construyó un templo bajo la advocación de Apolo en el mismo sitio en que hoy se halla situada la iglesia de San Pedro, y una roca que salía del lago, á unos cien pasos de la orilla, debió á su forma y situación el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. A principios del siglo XVII se encontraron escaivando en su base dos hachas pequeñas y un cuchillo de cobre, que servían para degollar á los animales destinados al sacrificio. A este altar de Neptuno le dan hoy el sencillo nombre de la Piedra de Niton.

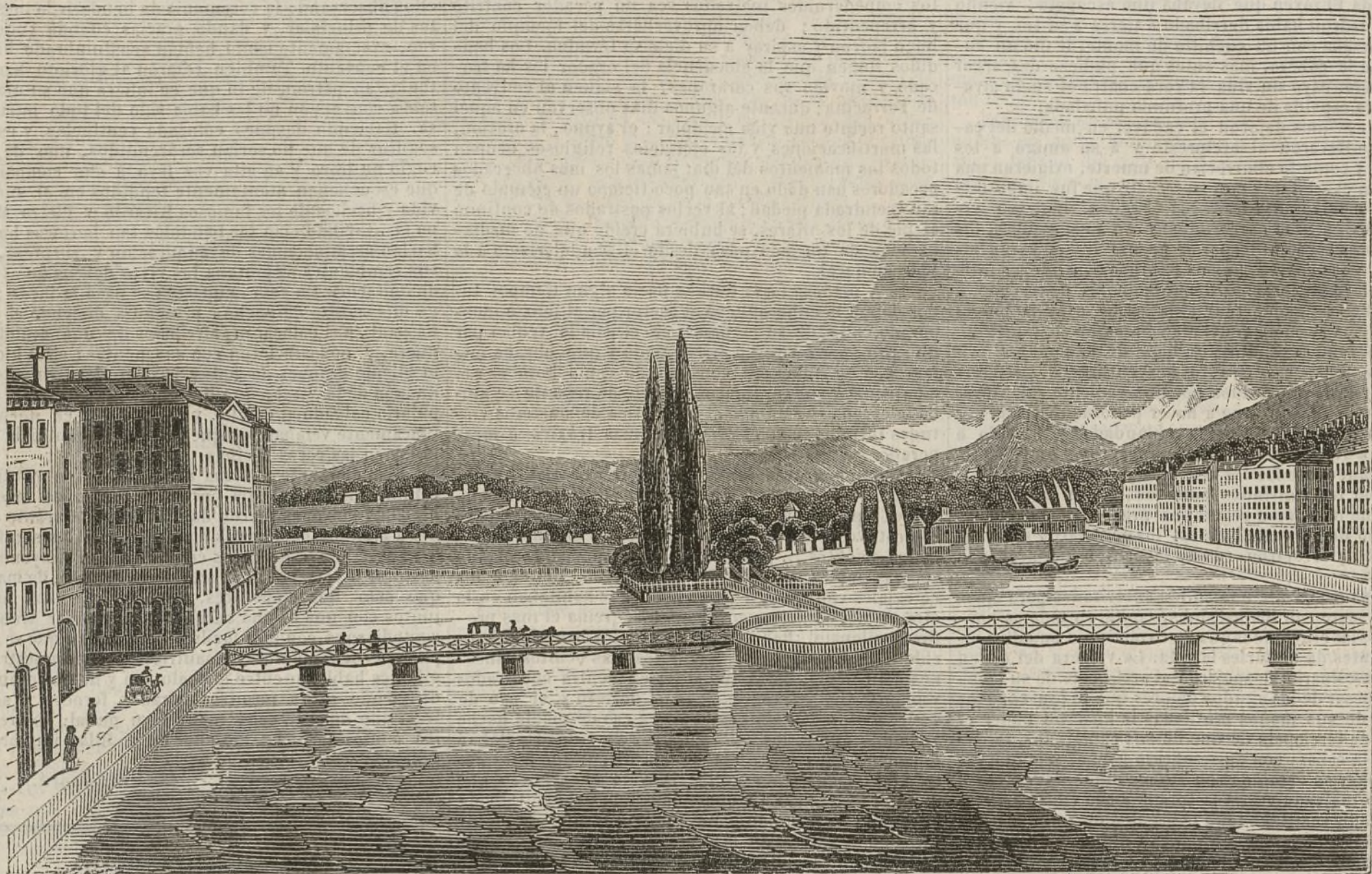
(1) Este libro es uno de los que con tanta profusión venden los libreros ambulantes en los pueblecillos de aquellas montañas.

Ginebra continuó sometida á los romanos por espacio de cinco siglos; en el año 426 la inundó con sus olas el mar bárbaro que circundaba á la Europa entera, haciendo de ella los burgo-hunos una de las capitales mas importantes de su reino. En este periodo fué cuando el rey de los francos, *Holode-Wig*, envió

los el Gordo, volvió á ser capital del segundo reino de Borgoña hasta el año 1032, en cuya época fué unida al imperio por Conrado el Sáfico, que se hizo coronar en ella el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Seria tarea demasiado enojosa la de proponernos

de haber recorrido gran parte de la Alemania y de la Suiza, y sirvió de poderosa auxiliar á la libertad, juntando las rencillas políticas á las religiosas. El obispo Pedro de la Beaume se ausentó de Ginebra en 1333 para no volver á ella jamás, y se proclamó la república. En 1536 se estableció Calvino en dicha ciudad,



Vista de Ginebra.

á pedir al rey de los burgo-hunos Gunde-Bald, que dió á su sobrina Hlode-Hilde por esposa. Un esclavo romano, cuyos antepasados habian tal vez mandado en tiempo de Julio César en la Helvecia y en la Galia, fué humildemente á presentar á la novia el sueldo de oro que la enviaba el gefe franco. Hlode-Hilde habitaba en el palacio de su tío, situado en donde hoy está el arco de la villa de Four.

Posteriormente á la dominacion de los burgo-hunos

dar cuenta de sus contiendas y disensiones con los condes de Ginebra y los de Saboya, y por lo tanto bastará saber que aquella pasó definitivamente á poder de estos últimos en 1401.

En esta época se verificaba en Europa una gran trasformacion social. Los comunes de Francia se habian emancipado desde el siglo XI, y en el XII se convirtieron en repúblicas las ciudades de Lombardía, y á principios del XIV se sustrajeron al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalden, habiendo puesto la base de la confederacion, que andando el tiempo debia reunir á toda Helvecia. Ginebra, situada en medio de este triángulo popular, sintió igualmente en su rostro el calor del fuego de la libertad, y en 1519 celebró una alianza con Friburgo; pero poco despues unió su vecindario con el de Berna, de cuya union nacieron niños que llegaron á ser grandes hombres, apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonniard, sumido por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pecolat se cortó la lengua con los dientes mientras sufría el tormento, y se la arrojó al verdugo, que le mandaba denunciar á sus cómplices; en fin, Berthelier conducido al suplicio é instigado á pedir perdon al duque, respondió: «A los criminales toca pedir perdon, y no á los hombres de bien. Que se lo pida el duque á Dios porque me asesina.» Y puso su cabeza debajo de la cuchilla.

La religion reformada, que hizo dar un gran paso á los pueblos, los cuales fatigados de este tránsito descansan desde entonces, penetró en Ginebra despues

porque le ofreció el consejo una cátedra de profesor de teología, y cuando falleció en 1534 dejó á la reducida ciudad de Ginebra convertida en capital de un nuevo mundo religioso, en una Roma protestante.

El duque Carlos Manuel de Saboya llevó á cabo la última tentativa para apoderarse de Ginebra en 1602, pero no obtuvo el éxito que deseaba.

Los siglos XVII y XVIII fueron para Ginebra siglos de reposo y tranquilidad, y durante este periodo tomó el comercio tal incremento, que actualmente la industria es el todo, y nada la propiedad.

Napoleon encontró á Ginebra unida á la Francia, y



Madama Staël.

vino la de los ostrogodos; mas estos no dominaron á Ginebra sino solamente el corto periodo de quince años, pues se la arrebató el rey de los francos, el que adhiriéndola otra vez al reino de Burgundia fué siendo su capital hasta el año de 858. Cuando falleció Ludovico Pio tocábale en herencia á Lod-Her, y de este pasó al poder del emperador de Germania, y conquistada despues por Carlos el Calvo, que se la legó á su hijo Ludovico, quedó aneja á la muerte de este al reino de Arlés; reconquistada despues en 888 por Cár-



Sepulcro de Rousseau.

la prendió como un bordado de oro á una punta de su manto imperial, permaneciendo así por espacio de doce años; pero cuando en 1814 comenzaron los reyes á tirar de este manto, todos los pedazos cosidos por el imperio se les quedaron en las manos. El rey de Holanda tomó la Bélgica, el rey de Cerdeña la Saboya y el Piamonte, y el emperador de Austria la Italia. Quedaba todavía Ginebra, que nadie podía tomar, y que no querian dejar á la Francia, y un congreso la regaló á la Confederacion suiza, á la cual se unió.

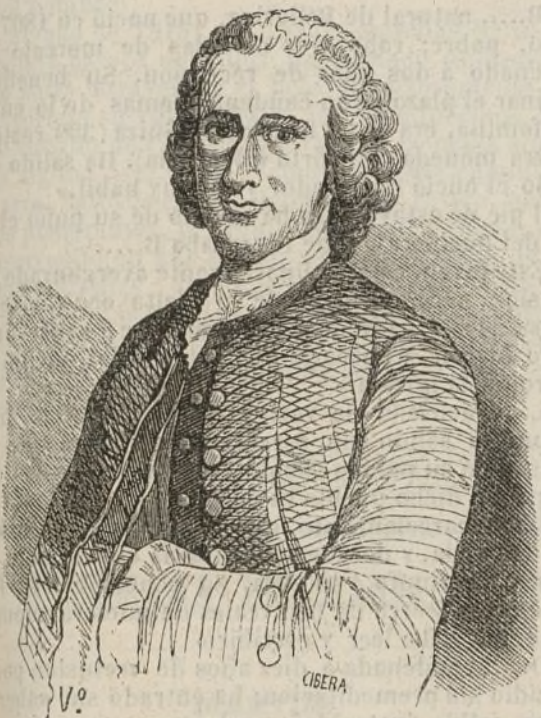
Entre las capitales de la Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: Ginebra es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los coches y de los caballos. Sus tres mil artesanos proveen á la Europa entera, y cada año cambian de forma en sus manos setenta y cinco mil onzas de oro y cincuenta mil mar-

tor Hugo, cuyos nombres acaso no habrán oído mentar nunca.

Por lo que respecta al arte, un extranjero no tiene

quilamos una calesa y nos encaminamos á Ferney, á cuyo punto llegamos dos horas después.

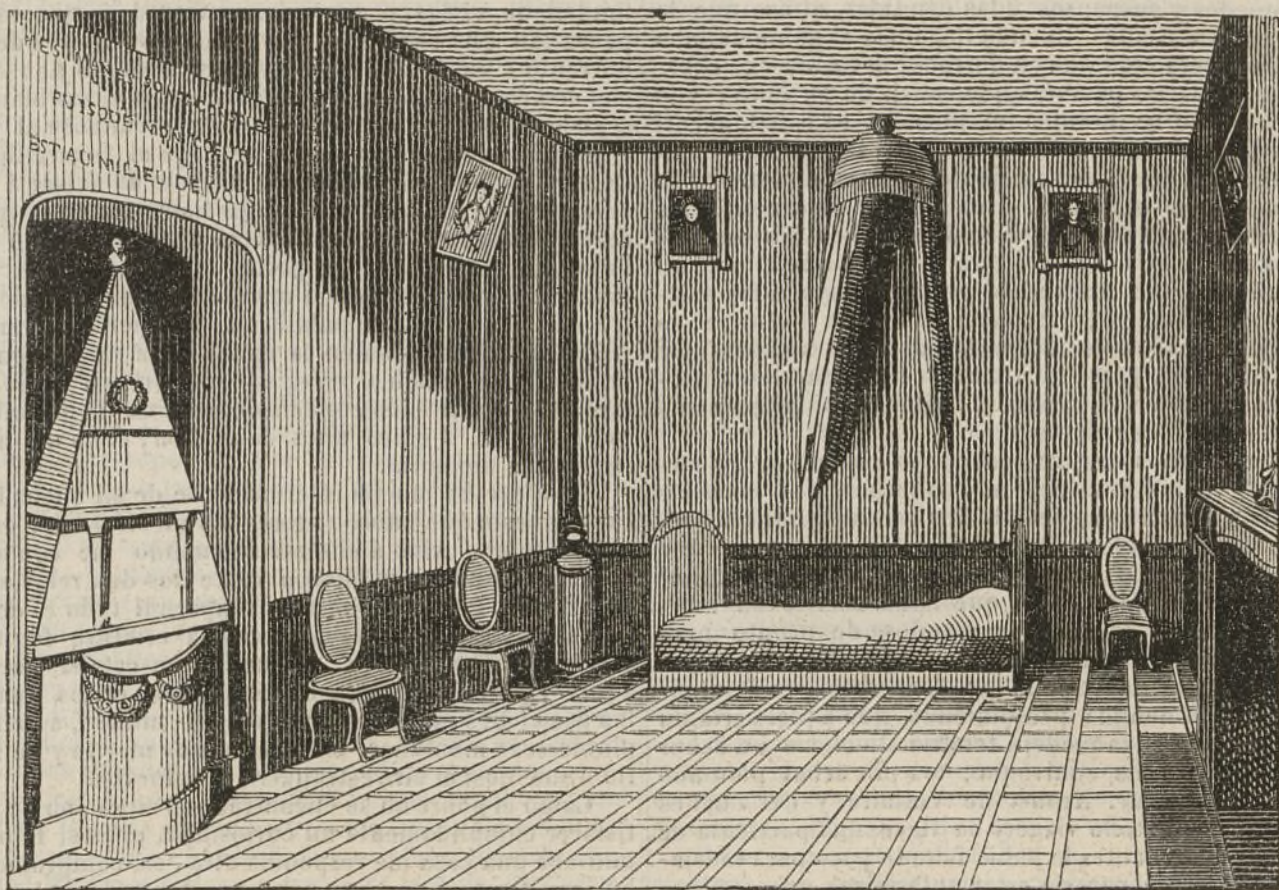
Lo primero que se advierte al penetrar en el casti-



Rousseau.

cos de plata, y su salario asciende á 2.150,000 francos (3.600,000 reales).

Aunque Ginebra haya dado la vida á algunos hombres eminentes en ciencias y artes, no puede negarse que el comercio es la única ocupación de sus habitan-



Habitation de Voltaire en Ferney.

que ver mas que en la biblioteca un manuscrito de San Agustin, sobre papiro, una historia de Alejandro, por Quinto Curcio, encontrada en los bageles del du-

que de Borgoña después de la batalla de Grandson, y las cuentas de la casa de Felipe el Hermoso, escritas en tablillas de cera.

En la iglesia de San Pedro, véase el sepulcro del mariscal de Rohan amigo de Enrique IV, sostenido enérgico de los calvinistas, muerto en 1638 en Fénigfelden, y con él está enterrada su esposa, hija de Sully.

En fin, se vé la casa de Juan Jacobo Rousseau, indicada en la calle por una lápida de mármol negro, sobre la que se lee la inscripción siguiente:

Aquí nació J. J. Rousseau, el 28 de junio de 1712.

Los paseos que están si-

lo es una reducida capilla cuya inscripción es una obra maestra, aun cuando no tiene mas que tres palabras latinas.

Deo erexit Voltaire.

Tenia por objeto probar al mundo entero, bastante ocupado con las desavenencias entre la criatura y el Criador, que Voltaire y Dios por último se habían reconciliado.



Voltaire.

Esta noticia llegó á oídos de todos con satisfacción; pero siempre se dudó si Voltaire habria cedido.

Atravesamos un jardín, subimos unas gradas y nos hallamos en la antecámara. En este parage se recogen los peregrinos al dios de la religión antes de entrar en su santuario. El conserje les previene de antemano



Castillo de Lausana.

Apenas se halla un hombre que esté al corriente de nuestra literatura moderna, y un factor de una casa de comercio se creería humillado si se ponía en parangón su importancia con la de Lamartine ó la de Vic-

tuados en las cercanías de Ginebra son deliciosos, y á todas horas se encuentran cómodos y excelentes carruajes para conducir al viajero donde guste ó le llame la curiosidad. Luego que visitamos la ciudad al-

que van á ver la habitación de Mr. de Voltaire en el mismo estado que cuando él vivía, y esta alocución pocas veces deja de producir efecto.

Por la misma razón no hay cosa mas prodigiosa



Medallas de Voltaire.

que estudiar el aplomo del conserge encargado de guiar a los extranjeros. Este personaje comenzó a servir al grande hombre siendo todavía muy niño, y sabe respecto a Voltaire un millar de anécdotas que tienen quédos y suspensos a las candidas almas que le escuchan estasiadas. Cuando llegamos al gabinete, una familia entera colocada en derredor del conserge charlatan, bebía las palabras que salían de su boca, y la atención que se granjeó el filósofo, se extendía casi hasta al criado que le había limpiado los zapatos y empolvado la peluca: de semejante escena difícilmente se podría ofrecer una idea, á menos de presentar á los mismos actores ante los ojos del público. No obstante, bueno es que digamos que cada vez que el portero pronunciaba con un acento peculiar suyo estas palabras sacramentales, *Monsieur Arouet de Voltaire*, se llevaba la mano al sombrero, y aquellos hombres que le escuchaban, y que tal vez no se hubieran descubierto ante Jesús en el Calvario, imitaban religiosamente aquella señal de respeto.

Diez minutos después entramos en tanda, los antedichos visitantes pagaron y salieron, y el *cicerone* quedó de nuestra propiedad. Nos condujo por un hermoso jardín desde donde el filósofo gozaba de una vista deliciosa; nos enseñó una calle de árboles á manera de emparrado, en la que había escrito su buena tragedia de *Irene*, y separándose de pronto para aproximarse á un árbol, cortó con un cuchillo un pedazo de su corteza y me le dió. Llévemela ora á la nariz, ora á la lengua presumiendo que aquel sería un árbol exótico cuya madera tendría un olor ó un sabor especial; pero me equivoqué; era un árbol plantado por el mismo Mr. Arouet de Voltaire y del cual es costumbre que todo viajero se lleve una partícula de él. Tres meses antes le había faltado poco para morir, y á la sazón parecía estar enfermizo; un sacrilego había penetrado allí de noche y furtivamente y llevándose cuatro ó cinco palmos de la santa corteza.

—El que cometió esta infamia, sería algún fanático por la *Henriada*, dije al conserge.

—No señor, contestó; algún especulador que tendría encargo del extranjero.

—¡Oh!!!... ¡Cosa estupenda!!!

Desde el jardín nos condujo el conserge á su habitación para enseñarnos el bastón de Voltaire, que conservaba como oro en paño desde la muerte del grande hombre, y que al cabo nos ofreció por un luis, porque las circunstancias le obligaban á desprenderse de tan preciosa reliquia. Le dije, que era muy caro, pues había conocido á un sugeto á quien ocho años antes había vendido otro igual por veinte francos.

Subimos otra vez á nuestro carruaje, tomamos el camino de Copet y llegamos á la quinta de la célebre Mad. de Staël. Allí no vimos conserge charlatan, ni iglesia consagrada á Dios, ni árboles cuya corteza se arranque; pero si vimos un magnífico parque por el cual pueden pasearse con libertad todos los vecinos de la aldea, y una pobre muger que derrama copiosas y verdaderas lágrimas cuando habla de su señora y cuando enseña los sitios que habitaba y en los cuales no queda de ella vestigio alguno. Rogamos que nos hiciese ver el escritorio que debía estar aun manchado con la tinta de su pluma, y el lecho que aun debía estar caliente, en que exhaló el último suspiro, pero nada de esto ha sido consagrado por su familia; el gabinete se ha convertido en una especie de salón mal configurado y los muebles se han trasladado no sé donde; tal vez no habría en toda la casa un solo ejemplar de *Delfina*, una de sus mejores novelas.

Desde este aposento pasamos á ver la habitación de Mr. de Staël hijo, donde tambien había penetrado la muerte y ejercido su terrible ministerio sin piedad: dos lechos estaban vacíos; el lecho de un hombre y la cunada un niño: allí habían fallecido Mr. de Staël y su hijo con tres semanas de intervalo el uno del otro. Quisimos ver el panteón de la familia, mas una orden de Mr. de Necker había prohibido la entrada á los curiosos viajeros.

Habíamos salido de Ferney con tan inmensa cantidad de alegría que creímos duraría ocho días; de Copet salimos llorosos y con el corazón oprimido.

No tenemos tiempo que perder para tomar el vapor que debía llevarnos á Lausana, pues ya le veíamos dirigirse hacia nosotros, veloz, humeante y cubierto de espuma como un caballo marino, y en el momento que creíamos que iba á pasar adelante sin vernos, se detuvo de improviso experimentando algunos vaivenes y poniéndose al través, nos aguardó y así que estuvimos sobre cubierta tornó á emprender su rápida carrera.

El lago Lemán es el mar de Nápoles, con su cielo azul y sus aguas azules, y además sus montañas sombrías que parecen sobrepuestas las unas á las otras como gradas de una escalinata que llega hasta el cielo, solamente que cada una tiene tres mil pies de altura. Luego detrás de todo esto aparece la nevada frente del Monte-Blanco, gigante curioso que observa el lago por encima de las cabezas de las demás montañas, que no son mas que colinas junto á él, cuyos robustos costados dejan distinguir de trecho en trecho.

Por eso apartamos con sentimiento nuestros ojos de la ribera meridional del lago para clavarlos en la meridional, siendo, sin embargo, esta en la que la naturaleza ha esparcido mas prodigiosamente las flores y los frutos de la tierra que lleva en su falda. Por todas partes jardines, viñas, prados; un pueblo de 18 leguas de longitud ocupando de extremo á extremo de la orilla; granjas variadas como el capricho que

llevan esculpidas en su frente las fechas de su nacimiento; en Nyon edificios romanos mandados levantar por César, en Vuillans un castillo gótico construido por órden de Berta, la reina hiladora; en Morges infinidad de villas con preciosos terrados, que todos pensarían que habían sido trasladados enteros desde Sorrento ó desde Bayas; y luego en el fondo Lausana, con sus campanarios disparados, con sus casas blancas semejantes á una porción de cisnes secándose al sol, y que ha situado en el borde del lago al lugarcillo de Oulchy como un centinela encargado de avisar á los viajeros que no pasen sin rendir homenaje á la reina de Vaux; nuestro bagel se acercó á ella como un tributario dejando en tierra parte de los pasajeros. No bien sentí mi planta en el muelle cuando me encontré con un joven, republicano por cierto, llamado Allier, á quien conocí en la época de la revolución de julio, y que se había refugiado en Lausana hácia un mes, por haber sido condenado á causa de un folleto que escribió, á cinco años de prision, si no me hace traición la memoria.

Me alegraba mucho interiormente de mi buena fortuna, puesto que había encontrado mi *cicerone*, en el momento que vino á abrazarme cuando me conocí, aun cuando nunca mediaron entre los dos relaciones de amistad. Por aquel abrazo comprendí todo el dolor que atormentaba á esta desgraciada criatura fugitiva y errante; y con efecto, mi amigo no estaba bueno; aquel risueño lago, aquella ciudad que ocupa una de las posiciones mas encantadoras del mundo, aquellas pintorescas montañas, todo carecía de mérito y de brillo á sus ojos; el aire extranjero le sofocaba.

Como el pobre no se encontraba en situación de satisfacer cumplidamente mi curiosidad, pues si le preguntaba una cosa me respondía otra, se comprometió á presentarme á un buen patriota, diputado de la ciudad de Lausana, que le había recibido como á un hermano de religion, y que no le había consolado, por la sencilla razon de que en el destierro no hay consuelo.

Mr. Pellis es uno de los hombres mas distinguidos que he encontrado en todo mi viaje, por su instrucción, cortesania y patriotismo, de suerte que en cuanto nos hablamos quedamos hechos hermanos, y en los dos dias que permanecí en Lausana tuvo la bondad de suministrarme una porción de datos muy preciosos acerca de la historia, legislación y arqueología del canton, en cuya materia se había ocupado mucho.

Nuestro sabio y amable *cicerone* Mr. Pellis, se brindó á llevarnos á la penitenciaría, y luego que visitamos la catedral nos detuvimos un rato gozando de la maravillosa perspectiva que se descubre desde su meseta.

La Suiza no tiene galeras ni presidios sino únicamente penitenciarías: pasamos á visitar una de ellas, y entramos en la creencia de que íbamos á ver presos, pero bien pronto reparamos nuestro error pues no se parecen estos establecimientos á las cárceles de las demás naciones, pues nos figuramos haber entrado á ver un hospicio. Nos asomamos á una ventana y vimos á los detenidos que estaban de recreo, esto es, que podían pasearse una hora por un espacioso patio destinado al efecto. Nos llamaron la atención sobre algunos que llevaban vestidos rayados verdes y blancos y una especie de corbata de hierro; estos eran los galeotes. Nos asomamos á otra ventana situada en frente y vimos á las mugeres paseándose por un jardín. Luego nos enseñaron los aposentos de los detenidos, que consisten en unas celdillas, cuyo único indicio de prision eran las rejas en puerta y ventanas. Todos tenían los muebles necesarios para el uso de su persona, y en alguna no faltaba una pequeña biblioteca, pues los detenidos tienen permiso para dedicarse á la lectura en las horas de recreo.

El objeto de estas casas de corrección no se concreta únicamente á separar de la sociedad á los individuos que podrían perjudicarla, sino tambien mejorar las costumbres de los castigados. Generalmente vemos que los reos de todas las naciones, salen de las cárceles ó presidios mas corrompidos que cuando entraron; en Suiza al contrario, todos los reos salen muy corregidos. He aquí la base lógica sobre la cual ha fundado el gobierno esta mejora.

La mayor parte de los delitos son ocasionados por la miseria, y esta proviene comunmente de que careciendo el hombre de instruccion no puede dedicarse á oficio ni profesion alguna, ni por lo tanto crearse con ayuda de su trabajo una existencia en la sociedad. Separarle de esta, tenerle mas ó menos tiempo y volverle á soltar, no es medio de hacerle mejor, sino el de privarle de la libertad; y hallándose otra vez en el mundo en la misma posición que motivó su primera caída, naturalmente volverá á caer, y el único modo de estorvarlo es presentarlo á los hombres que viven de su industria igual á ellos, es decir, con industria y dinero.

Las penitenciarías tienen por primer artículo de su reglamento, que todo reo que no tenga oficio, aprenda uno á eleccion suya, y por segundo, que las dos terceras partes del dinero que aquel produzca será para él. Otro artículo sirve de complemento á esta filantrópica medida, autorizando á los presos para enviar la tercera parte del indicado dinero á su padre, madre, muger ó hijos.

De esta manera se vuelve á unir á nuevas relaciones el vínculo de la naturaleza, roto violentamente para el condenado por una determinacion judicial. El dinero que envía á su familia, le prepara un dichoso regreso al seno de ella, que le proporciona desde luego un regazo de que tanto necesita su corazón y del que

por tanto tiempo ha carecido; y en lugar de volver infamado, pobre y desnudo, entra lavado de su delito y cierto de su virtud para lo venidero, por el peculio que posee y el oficio que ha aprendido.

Muchos ejemplos han demostrado la utilidad de esta maravillosa institucion y recompensado á sus autores. Las siguientes notas copiadas del registro de la casa atestiguan esta verdad de una manera evidente.

«B.... natural de Bellerive, que nació en 1807. molinero, pobre; robó tres medidas de morcajo y fué condenado á dos años de reclusion. Su beneficio al terminar el plazo de su condena además de lo enviado á su familia, era de 70 francos de Suiza (300 reales de nuestra moneda con corta diferencia). Ha salido ejerciendo el oficio de tegedor y es muy hábil.»

Al pié de estas líneas ha escrito de su puño el parroco del pueblo á donde regresaba B....

«Este joven, estraordinariamente avergonzado de su reclusion, permanecia desde su vuelta oculto siempre en casa de su padre sin determinarse á salir, un domingo fueron á buscarle los jóvenes del pueblo y le llevaron á la iglesia.»

«L.... acusada de varios robos, tres años de reclusion; ha salido con escelesntes disposiciones y ha regresado á su pueblo siendo tan favorables las noticias que en dicho pueblo tuvieron de su conducta durante su encarcelamiento, que todas las jóvenes salieron á recibirla, y después de haberla abrazado la condujeron en triunfo á su casa. Su beneficio, 113 francos de Suiza (cerca de 680 reales de nuestra moneda). Hilandera y sabe leer y escribir.»

«D.... condenada á diez años de reclusion por infanticidio sin premeditacion; ha entrado sin saber nada, ha salido instruida; escelesnte costurera, con un beneficio de 900 francos de Suiza (4.750 reales por mas ó menos de nuestra moneda). En la actualidad ama de gobierno de una de las mejores casas del canton.»

«No observamos algo de patriarcal en este gobierno que instruye al culpable, y en esta juventud que le perdona? ¿No es esto poner en práctica la sublime divisa federal: *Uno para todos, todos para uno?*»

Pudiera citar cien ejemplos mas inscritos en los registros de estas casas de corrección. Al salir de la penitenciaría nos fuimos á tomar unos helados, que por mas señas cuestan 3 *bats* (unos quince cuartos de nuestra moneda), y son los mejores que he tomado en mi vida, y por lo tanto los recomiendo á todo viajero que pase por Lausana.

Después de haber visto al paso la catedral y la penitenciaría de Lausana, después de haber comido en la posada del Leon de oro, no queda otra cosa que hacer que tomar un carruaje y partir para Villanova. En el camino se encuentra á Verey, donde moraba Clara; la quinta de Bloray, que habitaba el padre de Julia; Clarens, en donde se enseña la casa de Juan Jambo, y por último, al llegar á Chillon se descubre á legua y media en la orilla opuesta, las escarpadas rocas de la Meilleraie, desde cuya cima contemplamos Saint-Preux el lago profundo y limpio en cuyas aguas reinaban la muerte y el reposo.

Chillon, antigua prision de estado de los duques de Saboya, es hoy el arsenal del canton de Vaux; fué edificado en 1250. El recuerdo de Bonnivard ha borrado los demas, y ni aun se sabe el nombre de un prisionero que se fugó de este castillo en 1798, de un modo que raya en milagro. Consiguió este desgraciado abrir un agujero en la pared, con un clavo que se arrancó de la suela de su zapato, y salirse de su calabozo; pero se encontró en otro mayor, y entonces le fué preciso á fuerza de puñetazos romper una barra de hierro que cerraba una tronera de tres ó cuatro pulgadas de anchura. Las huellas de sus zapatos, que han quedado impresas en el declive de esta tronera, demuestran los sobrehumanos esfuerzos que tuvo que hacer; sus pies con ayuda de los cuales se iba resbalando desgastaron la piedra lo menos una pulgada. La tronera es la tercera á la izquierda entrando por el gran calabozo.

Bonnivard y Bertheher, de quienes ya hemos hablado al referirnos á Ginebra, dijeron un día que por la independencia de su patria, darian el primero su libertad, el segundo su vida. Esta doble oferta se oyó, y cuando los verdugos reclamaron la ejecución de ella hallaron que ambos estaban muy dispuestos á cumplirla. Bertheher, subió al patíbulo y Bonnivard fué sepultado en los calabozos de Chillon. Atado por la mitad de su cuerpo con una cadena sujeta en un pilar, permaneció seis años sin poderse acostar sino donde le permitia su férrea ligadura, dando vueltas incesantemente en derredor del pilar desgastando el suelo con sus plantas y devorado por la terrible idea de que acaso su cautiverio no sirviese de nada á su patria, y que Ginebra y él, estaban destinados á eterna esclavitud. Durante los seis años no lanzó un solo grito, una sola queja, segun lo aseguraron los que le custodiaban. Los carceleros, que no habian gozado con su desesperacion, le encontraban al dia siguiente tranquilo y resignado. Hubo un dia en que la multitud penetró en su calabozo y le dijo:

—¡Bonnivard, eres libre!

—¿Y Ginebra?

—Tambien lo es.

Desde entonces quedó la prision del mártir convertida en un templo, y la columna transformada en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y amante de la libertad se separa de su camino, y acude á orar al parage donde tanto padeció Bonnivard. Acércanse res-

amente á la columna, buscan en su granítica superficie, en la que todos quieren escribir algun nombre, los caracteres que él grabó; buscan en el pavimento las huellas de sus pasos, prueban si el anillo de donde partía la cadena está todavía bien firme despues de ocho siglos, y se desvanecen todas las ideas, escepto la de que aquel infortunado permaneció encadenado seis años.... seis años, es decir la novena parte de la vida del hombre.

En el año de 1816, en una de aquellas hermosas noches que parece que Dios ha formado únicamente para la Suiza, atravesaba el lago silenciosamente una barca. Dirigió su rumbo hacia los blanquecinos muros del castillo de Chillon, y atracó en la orilla sin sacudida alguna, sin ruido, y como un cisne cuando sale á tierra. Saltó de ella un hombre de rostro pálido, de ojos penetrantes, de frente despejada y altiva; marchaba envuelto en una grande capa negra que le cubría hasta los pies; sin embargo, se observó que era cojo. Pidió que le enseñaran el calabozo de Bonivard, y en él permaneció solo bastante tiempo, y á su salida ya había en la columna un nombre mas, cuya copia es esta—BYRON

(Extractado de las Impresiones de Viage por A. Dumas.)

SEMANA LITERARIA.

MARTIN.

I.

La reducida aldea de San Martin de Duyo está situada sobre la costa del Océano cantabrico, entre la villa de Corcubion, de la que dista legua y media y el cabo de Finisterre: sus catorce ó quince humildes casitas construidas en una imperceptible eminencia entre movedizas arenas retiemblan á cada ráfaga de viento, y el mar que bate la costa produce un ruido sordo y cadencioso, semejante al redoble de cien tambores tocados á cierta distancia. La parte geológica de esta comarca es de las mas curiosas; en época tan remota, cuando data no sería fácil determinar, aquel suelo sustentaba inmensos bosques de encinas, pinos y castaños; por largos años ostentaron pacíficamente su verdor y lozanía, hasta que cierto día le ocurrió al dios de las aguas extender su dominio por aquel lado. Las seculares encinas, como verdaderas gallegas, opusieron sus robustos troncos al impetu del agresor elemento; pero en valde, vinieron á tierra ni mas ni menos que las endeble yerbicillas que crecían ignoradas bajo su sombra. El Océano, á guisa de vencedor, estendió sobre el campo de batalla una espesa capa de negruzco cieno, así como se cubren los cadáveres con el paño mortuorio.

Así pasaron miles de años, gozando tranquilamente de su conquista, hasta que se rompieron de nuevo las hostilidades, y esta vez fué vencido el usurpador, porque tenía que habérselas con el genio é industria del hombre: se construyeron diques, se elevaron murallas, y se reforzaron las partes débiles de la costa con enormes peñascos, y el viejo rey de las aguas, sin esperanza de triunfar, determinó dirigir hacia otra parte sus conquistas.

No es menos interesante la historia de esta modesta aldea. Bajo los estensos arenales de sus inmediaciones, yace sepultada la populosa Duyo, antigua capital de los nerios, que convirtió á la fé el apóstol Santiago. Empresa árdua, si no imposible, sería encontrar las ruinas ni aun el menor vestigio, de sus templos dedicados al sol, que se desplomaron á la voz del apóstol, ni las del regio palacio de su gobernador Filoto, y menos la de los magníficos edificios que decoraban aquella opulenta ciudad.

El heroico comportamiento de los sencillos cuanto bravos habitantes de esta aldea á principios de este siglo, es digno de los mayores elogios: atacada en 1809 la villa de Corcubion por las tropas comandadas por el mariscal Ney, volaron á su defensa, y derrotaron las partidas enemigas que pisaban su territorio.

Esta comarca montuosa y pintoresca, es medianamente fértil; los brezos y retamas han cedido su lugar al maíz, al centeno y á la patata; aguas puras y cristalinas brotan de las grietas de las rocas formando arroyos, que con suave murmullo riegan los prados en que pastan sus ganados.

En esta aldea vivía no hace muchos años un mozo de oficio herrero y llamado Martin. Aunque este nombre no es muy sonoro, es muy comun en esta pueblita, y además era el que le había puesto su padre cuando le tuvo en la pila. Era célebre en la comarca por sus extraordinarias fuerzas, aunque su reputación en cuanto á sufrido no estaba muy bien sentada, pues aun había algunos que lo calificaban de besugo; hablaba poco, y únicamente cuando no podía pasar por otro camino; por lo comun, su conversacion era una especie de pantomima, manifestando su aprobación con una corta é imperceptible sonrisa, y su disgusto con un violento movimiento de cabeza, que ordenaba su larga y espesa cabellera: sin embargo, cuando se sonreía, su semblante era agradable y pretenia en su favor; sus facciones, aunque muy pronunciadas, eran regulares y perfectamente modeladas; sus

rasgados y hermosos ojos, brillando por entre sus largas pestañas, negras como el ébano, espresaban la melancolía y aun la sensibilidad; mas cuando estaba de mal humor, todos huían de su presencia, tal era el fuego que despedían sus ojos; añádase á esto una estatura de cerca de seis pies, una musculatura de bronce, y veinte años que había cumplido el día de San Vicente, y tendremos la *vera efigies* del héroe de esta historia.

Pared en medio de la casa de Vicente estaba la del señor Juan, maestro de escuela; en otro tiempo el buen dómene había alimentado en su pecho la esperanza de ocupar mas altos y honoríficos destinos; pero ocultos manejos, segun decia él, y las intrigas de sus enemigos, envidiosos de su mérito, le habían privado de brillar en mas vasto teatro, y obtener cuando menos una plaza de director en la Coruña. Tanto y tan manifiesta injusticia de parte del género humano respecto al señor Juan, le habían convertido en el mas encarnizado misántropo. Vivía en su compañía su hijo Nicolás y su sobrina Escolástica, y esta era la única casa que frecuentaba Martin. Todas las noches, despues de concluido su trabajo, antes de irse este á su solitario albergue, entraba á ocupar su asiento junto al hogar de su vecino; su modo de presentarse siempre era el mismo; daba la mano á Nicolás, hacia una reverencia á Escolástica, saludaba con una inclinacion de cabeza al viejo dómene, y sin mas preámbulos se sentaba en un banco, y allí permanecía taciturno y pensativo horas enteras, dirigiendo de vez en cuando lánguidas miradas á la sobrineta. Esta entretanto daba vueltas al huso, cantando al mismo tiempo alguna canción favorita de la tierra; otras veces dirigía la palabra á su primo, hablándole de cintas y pañuelos para que Martin le trajese algunas de la feria de Corcubion. El dómene hojeaba el lunario perpétuo ó el almanaque, interrumpiendo la lectura únicamente para echar pestes contra todo el género humano, y como el herrero no desplegaba los labios, disfrutaba cuando menos el consuelo de tener un auditor muy atento.

—Amigo mio, concluía siempre diciendo el señor Juan, confiar en la amistad de los hombres, en el amor de las mugeres y en la honradez y buena fé del mas pintado, es pretender edificar en la arena, sí, lo repito, vecino, en la arena de la costa.

Tal vez Martin no era del mismo parecer, pero se guardaba bien de disputar con él, prefería escuchar la dulce voz de la jovencita y entregarse con toda su alma á los dulces ensueños de un dichoso porvenir.

Nicolás era un joven maligno, solapado, cobarde y astuto: sabia leer, y los buenos habitantes de Duyo le miraban como á un sábio de primer orden. No puede asegurarse si el amor que profesaba á Martin era sincero, pero lo que si hay de cierto es, que cuando menos lo aparentaba y le hacia la corte con esmero, por que las fornidas y anchas espaldas del vecino, eran un poderoso broquel que lo defendía en sus riñas con los otros jóvenes, porque Nicolás era provocativo, insultante y porfiado como todos los cobardes. Mal correspondía al cariño que le profesaba el honrado herrero, que era el mas fino y verdadero.

Escolástica era una bella muchacha: ojos negros hermosos, atrevidos y traviesos, talle delicado, y cuando se sonreía, sus labios de clavel desdubrian treinta y dos menudas perlas perfectamente alineadas; aunque nunca se lo había dicho Martin la amaba con frenesí, pero la jovencita no lo ignoraba.

Estaban en el mes de febrero y en aquel año entraban en quinta los dos jóvenes: acompañados una mañana por el dómene y su sobrina, se dirigieron hacia Corcubion, y cuando llegaron á cierta distancia se separaron estrechándose las manos: Que tengais buena suerte, dijo Escolástica compartiendo su encantadora sonrisa entre Martin y Nicolás.

—En cuanto á eso no hay que pensar murmuró entre dientes el viejo preceptor meneando la cabeza con aire de desconfianza; no esperéis buen resultado, hijos míos, sois pobres y no tendréis mas remedio que cargar con el fusil: contar con la buena fé y legalidad de los hombres, es pretender edificar una casa de tres pisos en aquella arena movediza: y señalaba con el dedo la de la playa.

Martin y Nicolás llegaron á la casa de ayuntamiento, este último cabizbajo y mas pálido que la muerte: solo la idea de caer soldado y tener tal vez que marchar á la guerra que había entonces en Cataluña le causaba mortales angustias y oprimía su apocado corazón: su acalorada imaginación le representaba los carlistas feroces, sanguinarios, armados con sus trabucos y puñales cayendo de improviso sobre nuestras tropas sin dar cuartel ni perdonar vidas. Al contrario en el semblante de Martin se pintaba la calma y tranquilidad.

El alcalde presidía el acto: cuando fueron llamados se aproximaron á la mesa. Saca tú el primero, dijo Nicolás con desmayada voz conociendo que iba á desfallecer.

Martin condescendió, y con gentil continente y la mayor indiferencia metió la mano en la urna: una idea rápida como un relámpago hirió dolorosamente su imaginación, y dió al traste con su indiferencia: ¿permitirá el hado que haya de separarme de ella? dijo para sí, y sus dedos escogían una bola que luego abandonaban para tomar otra.

—Despachemos, gritó el presidente con impaciencia. El herrero sacó la cédula: un rayo de alegría se dibujó en su semblante, pero se desvaneció luego: cruzó los brazos y volvió á su estado apático é indiferente.

Llegó el turno á Nicolás: desliza su trémula mano

en lo mas hondo del cántaro, titubea, duda y por último saca una bola... era el número dos: un sordo y sepulcral gemido que exhaló su pecho espresó su aflicción: Dios mio, Dios mio, murmuraron sus pálidos labios, ¡soldado!

Las facciones de Martin se contrajeron, arrugó el entrecejo y en aquel momento hubiera querido que la suerte fuese un ser de carne y hueso para estrujarlo entre sus brazos y hacer que se arrepintiese del pesado chasco que había jugado á su amigo: echó al presidente una mirada que no anunciaba nada bueno, pero la fisonomía del juez era tan honrada y bondadosa que desarmó su cólera y no teniendo en quien descargarla cogió del brazo á Nicolás y se alejaron de la sala.

No cesaba este de lamentar su aciaga suerte, pero sin nombrar á los carlistas: se avergonzó de haberlos nombrado contra su voluntad en el primer momento de desesperación y trató de dar á su dolor un objeto mas noble: Mi padre, ¿qué será de mi pobre padre! exclamaba de modo que enternecia á cuantos lo escuchaban, y entretanto pasaban por su imaginación como por una linterna mágica columnas cercadas de enemigos: á la escasa luz del crepúsculo creía ver en cada árbol un peloton de carlistas con sus trabucos naranjeros, sus descomunales lanzas y sus sables mas afilados que las navajas con que se afeitaba el viejo dómene. Entretanto cerró la noche y allí fué Troya; los enemigos se multiplicaban como por encanto, sus proporciones mas gigantescas y sus espadas mas relucientes: no veía mas que boinas, mantas y gorros encarnados: poco faltó para que su pánico terror le hiciese perder el juicio: cuanto mas se aumentaba su espanto mas fuertemente exclamaba: ¡mi padre, que será de mi pobre padre!

Estos lamentos atravesaban el corazón de Martin; el brazo con que sostenía á su compañero temblaba como un azogado: su exasperación había llegado á colmo, sacudía convulsivamente la cabeza haciendo ondear sus largos cabellos, y las terribles patadas con que hería la tierra pulverizaban los guijarros del camino.

—A lo hecho pecho, murmuró él creyendo consolar así á su desconsolado amigo.

Nicolás sintió que se iba apoderando de su ánimo la envidia y aborrecimiento hacia su amigo.

—Si te hubiese tocado á tí mi desgraciada suerte cuando menos te compadecería, pero tú...

Martin se paró, apoyó su encallecida mano en el hombro del quejoso, fijó en él la vista con aire de reconvencción, y prosiguió andando precipitadamente. Luego que llegó á su casa hizo entrar á Nicolás, encendió luz, y le hizo seña para que se sentase. El compungido quinto se dejó caer sobre un banco, cubriéndose el rostro con ambas manos, repitiendo por la centésima vez: ¡Mi padre, que será de mi pobre padre!

—Es un buen hombre, aunque no lo parece, porque tiene la costumbre de hablar siempre como un malvado; yo no tengo padre, soy solo.

Apesar de la mortal pesadumbre que embargaba todas las potencias de Nicolás no pudo menos de dirigir una mirada de sorpresa hacia el herrero; en efecto era un fenómeno, un milagro oírle hablar tantas palabras seguidas.

—Dame tu cédula, dijo con tono imperativo.

—¿Para qué la quieres?

Martin se encogió de hombros con muestras de impaciencia, sacó del seno el número que le había tocado y lo echó sobre las rodillas de su vecino.

—Ahora dame tú el tuyo.

Nicolás abrió un ojo de á palmo y obedeció sin hablar palabra.

—¡Bueno! Chiton, y cuidado de decir nada de esto á tu buen padre: silencio y márchate.

—Pero.... quiso decir Nicolás, cuyo mezuquino y ruin corazón no podía comprender de una vez toda la heroicidad de esta generosa permuta.

Martin sin dejarle replicar le cogió de la mano, la estrechó cordialmente con las suyas, lo echó fuera de la casa y cerró la puerta.

El dómene fué á la mañana siguiente á darle el pésame á Martin.

—Vecino mio, le dijo, todos los hombres son egoístas por naturaleza, y estoy bien seguro que maldices la suerte porque no ha tocado á Nicolás, y has salido tu libre, y eso que mi hijo es amigo tuyo, pero en esto no te culpo. Martin, el hombre es así, contar con el corazón del mejor de todos es querer edificar en la arena.

—¡Oh! padre mio interrumpió Nicolás cuya gratitud estaba todavía muy reciente.

—Si, vuelvo á decir, en la arena que estais viendo, añadio el viejo misántropo señalando con la mano la arena que cubría la llanura.

Martin no desplegó los labios, miraba á Escolástica, y aun creyó ver una lágrima pronta á deslizarse de sus párpados.

—Con que va vd. á dejarnos, señor Martin, murmuró la jovencita arrimándose á su lado.

El quinto se estremeció y llevó la mano á su corazón: la voz de Escolástica le pareció en aquel momento mas dulce y encantadora que nunca: estas sencillas palabras le habían hecho entrever una felicidad tan grande que ni aun se atrevía á creer: hubiera querido ponerse de rodillas y besar los hermosos ojos de su amada, enjugar sus lágrimas, porque estaba cierto que las derramaba por él.

—Si yo hubiera sabido antes.... pensó él con cierta alegría mezclada de amargura.

—¡Ea, ea! exclamó el señor Juan con tono alegre y desembarazado, no hay que afligirse, vecino mio, pe-

cho al agua, cuando vuelvas por acá tal vez ya serás sargento.

No lisongeo mucho á Martin la perspectiva de tan elevado grado, y sin contestar se dirigió á la puerta: ya estaba en el umbral cuando vuelve la cabeza, dirige una mirada á Escolástica, esta se sonríe y se acerca á él.

—Si quieres esperarme, dijo el herrero con timidez, me casaré contigo cuando me licencien.

—No deseo otra cosa, contestó la joven con desembarazo.

Los ojos de Martin brillaron con todo el fuego del amor y agradecimiento.

—Es que... sin embargo, como han de pasar seis años antes que... añadió él rascándose detrás de la oreja, y con cierta timidez.

—Te aguardaré cuanto quieras, siempre.

Enagelado de gozo cogió Martin la mano de Escolástica é imprimió en ella un ardiente y estrepitoso beso: quedaban sancionados los desposorios.

Llegó por fin el tremendo instante de la despedida: Escolástica lloró, Nicolás fingió que lloraba, y el buen dómine que sabía vivir quiso acompañar á su vecino un buen trecho.

—Si fuese posible encontrar un hombre honrado y bueno, lo serías tú vecino mío, dijo el viejo maestro, y no tendría inconveniente en decirte: seamos amigos, amémonos como hermanos; pero esto no puede ser, no soy tan necio que lo crea: esto sería pretender edificar sobre esta arena que pisamos una catedral como la de Santiago... y queriendo demostrar prácticamente su proposición, incó su bastón hasta el puño en el movedizo suelo. Martin sin contradecirle estrechó cariñosamente su mano, dió á su sobrina un amoroso beso en la frente, y abrazó á Nicolás.

—Adios amigo, hermano mío, dijo este aparentando el mayor sentimiento.

Hasta la vuelta, contestó el herrero con firmeza, consérvame tu amistad, me es necesaria, habla de mí alguna vez á Escolástica... y desprendiéndose de sus brazos echó á andar. Cuando sabió á lo mas elevado de una colina hizo alto para contemplar el imponente panorama que se presentaba á su vista: por un lado se descubrian el cabo de Finisterre, la elevada montaña la Nave, la Punta del Sardinero, y en último término el proceloso Océano confundiendo con el cielo entre las erizadas rocas de Galicia; por otra parte las aldeas de Castro, Dende, Escaraiz, Vilar, y las cúpulas y campanarios de San Martin y San Vicente; pero sus ansiosas miradas se dirigian y se fijaban en Duyo: algunos instantes permaneció contemplando silenciosamente el lugar que lo viera nacer: enjugó con su callosa mano una lágrima que se deslizaba por sus tostadas mejillas, y prosiguió su camino.

II.

Como Martin no tenia prisa ni llevó una cuenta exacta, no se sabe á punto fijo si fueron diez y seis ó diez y ocho dias los que echó en andar las ciento y tantas leguas que hay desde su aldea á esta coronada y siempre heroica villa, en donde se hallaba el regimiento á que se le habia destinado, pero hay noticias ciertas de que pasaron de quince. Cosa curiosa hubiera sido verlo marchar en una fria y nebulosa mañana de marzo midiendo con acompasado paso el camino que media desde la puerta de Hierro hasta la de San Vicente: una fuerte escarcha cubria los árboles y arbustos que pueblan las riberas del Manzanares y Casa de Campo, formando cristalinis guirnalda suspendidas de las ramas despojadas de sus hojas. Era su traje un largo chaqueton de pardo burriel, cubierta la cabeza con una gorra de la misma estofa, y calzados sus pies con unos concienzudos zapatos de siete suelas que pasan en herencia de padres á hijos, sin romperse hasta la quinta generacion, el pecho al aire y el equipage á la espalda. Durante el viage habia recobrado su genial apatía é indiferencia: sus bellos ojos brillaban con una expresion marcial desconocida, y entonces enarbolaba su nudoso garrote de acebo, lo hacia girar con rapidez á guisa de tambor mayor manifestando con esta accion la interior alegría que disfrutaba: tal vez en aquellos felices momentos pensaba en la gloria que en todos tiempos ha sido el patrimonio de los valientes; figurábasele volver á su patria cubierto de honoríficas condecoraciones y los galones de cabo primero en la manga. Los pasajeros le dejaban libre el camino y se volvian á mirarlo luego que habia pasado admirando su gentil continente, sus atléticas proporciones y sus largos cabellos blancos como peluca de máscara con la cruda escarcha: de bonísima gana se hubieran reído de su estrambótica catadura, pero el grueso garrote que empuñaba los tenia á raya y les infundia respeto.

Nuestro Martin hizo su entrada en Madrid á eso de las once de la mañana, y empleó el resto del dia en lo que acostumbran todos los forasteros que llegan por primera vez á la corte, es decir, que hizo el oso de pismo: el palacio real le pareció magnifico, pero sobre todo lo que mas le gustó fué el caballo de bronce, y la cebra de la casa de fieras. Cuando iba anocheciendo cenó en un bodegon mediante veinte cuartos; tanto despilfarro le hizo entrar en cuentas consigo mismo, y propuso ser mas económico en lo sucesivo. Ya era muy de noche cuando salió á la calle, y el brillante alumbrado lo deslumbró: amenazó con su garrote á los muchachos que jugaban en la plaza de Oriente, y soltó una estrepitosa carcajada cuando vió el susto que les habia dado: las sorpresas se sucedian

con rapidez; tan pronto se quedaba embobado y con la boca abierta contemplando los maniques que se ponen en las tiendas y almacenes de ropas, como le infundia pavor el guardia civil colocado á la entrada del gabinete de figuras de cera del café de Cervantes. Pasmábase de cada vez mas, y le pesaba de que no fuese mas conocido y alabado Madrid, y que no pudiesen verlo todos sus paisanos de la feligresia; pero sobre todo hubiese dado de bonísima gana la mitad de su caudal, que á pesar de los gastos del viage consistia en ocho pesetas y algunos cuartos, por tener á su lado á Escolástica para que gozase y fuese partícipe de tan sorprendentes maravillas. Asi iba pensando cuando entró en la calle de la Montera: ¡nueva admiracion y sorpresa! quedó estático al ver la riqueza y lujo de tantas magnificas tiendas resplandecientes con tanta profusion de luces que daban envidia al sol. Empero en medio de tantos gozes, de tantas maravillas, un recuerdo cruel, aflictivo, asaltó repentinamente y se apoderó de su ánimo: creyó ver la mismísima figura, el propio semblante fisonómico y rugoso del viejo maestro de escuela que contrayendo sus delgados y descoloridos labios con una sonrisa sarcástica y maliciosa le hacia señas muy significativas: aun le pareció que le oia repetir su eterna cantinela, y era tan viva la ilusion que por no oirla se tapó los oídos con ambas manos.

—Dentro de seis años! murmuraba Martin, de aquí á seis años! ¿me amará aun?

Es preciso convenir que la pregunta era bastante espinosa, y nosotros conocemos muchos sugetos menos desconfiados y misántropos que el viejo preceptor de Duyo que solo al oír la palabra *seis años* hubieran hecho coro con él, repitiendo á duo el estribillo:

Confiar en las palabras
es construir sobre la arena.

Sin embargo, tantas novedades se presentaban á la vista del admirado Martin que fué disminuyendo por grados su penosa pesadilla. Al pasar por una calle bastante concurrida vió al través de unas indiscretas celosías y mal corridas cortinas á unas apuestas jovencitas que con cierta toseilla seca y significativa lo miraban y se sonreian: «Qué buen humor tienen estas señoras, pensó él, y prosiguió su camino.»

Se hallaba en la plaza del Rey: un numeroso concurso obstruía la entrada del teatro de la Opera. «Una entrada para el baile» gritó dirigiéndose á él un mozo, cuyo rostro no podia distinguir con la oscuridad.

Por natural instinto apretó Martin el garrote con bellosa mano, resuelto á vender cara su vida, en caso de que el joven hubiese concebido algun proyecto homicida, y no era extraño su recelo porque el desconocido le habia hablado en un lenguaje para él desconocido.

Viendo el revendedor que se encaminaba hacia la puerta del coliseo, le tiró de la chaqueta repitiendo: El billete, el billete, es muy barato, vá á levantarse el telon!

Martin habia recobrado su tranquilidad: á la luz del reverbero pudo examinar detenidamente al traficante de billetes: era un joven de unos quince años vestido con una blusa á cuadros, sucia y andrajosa: tenia en la mano dos cartoncitos cuadrados y mugrientos.

—¿Quiere vd. uno, caballero? en seis reales se lo doy, es de valde, y añadió con acento picaresco: los doy por este precio por ser para vd.

Desde que estaba en Madrid habia visto Martin cosas las mas increíbles y sorprendentes pero esta última escedia á todas: con cierta especie de vértigo fijó la vista en aquellos pedacitos de carton tan sucios y llenos de grasa, que valian nada menos de seis reales, y creyó firmemente que habia en ellos alguna brujería porque le parecia que no habia proporcion entre el precio y la alhaja.

—¡Seis reales, murmuró, seis reales!

—Y es de valde, caballero

—¡De valde, Jesucristo! repitió el herrero todo desconcertado: mas ¿para qué sirven?

Entonces el de la blusa rota desplegó toda su facundia poética y mercantil tan propia de los de su trato; le hizo una pintura tan viva, tan halagüeña del placer que disfrutaria, que entusiasmado aquel alojó los seis reales, agarró el carton y se precipitó á entrar. El acomodador se vió negro para hacerle soltar el billete que tan caro le habia costado; pero por mas que hizo no pudo conseguir que soltase el garrote. Su presencia en la grada causó un sordo murmullo; los de los palcos creyeron que era una galantería de los empresarios que querian complacerles con una novedad no anunciada en los carteles; los del patio silbaban sin saber por qué, y los de la tertulia se esforzaban inútilmente por saber la causa del tumulto. Martin oyó este chicheo y alboroto como si tal cosa, ni tampoco se le dió un pito de los quinientos gemelos que se fijaban en él, porque le eran enteramente desconocidos. Sin hacer caso de cuanto pasaba á su alrededor, encasquetó su gorro hasta las cejas, porque le incomodaban las luces de la lucerna, y maniobró tan bien con ambos codos, que en pocos segundos se plantó en la primera fila: ganada esta posicion empujó á los que tenia á derecha é izquierda, clavó sus robustas rodillas en las espaldas de los que estaban delante, y apoyando los codos en las rodillas puso su cara entre ambas manos. Acomodado á su placer levantó la vista para mirar el telon de boca; bonito le pareció, pero no tanto que costase seis reales el gusto de verlo.

—Buen hombre, le dijo el que estaba á su lado, me estruja vd. el pié.

Avergonzado como un niño apartó Martin inmediatamente la pierna agresora.

Tanta docilidad y pronta condescendencia hizo mas exigente á su vecino, que era nada menos que un mancebo de la calle de Postas, y en calidad de tal se consideraba autorizado para ser mas travieso y petulante de lo que se permite á un simple ciudadano; fijó la vista en un compañero que ocupaba un asiento no lejos del suyo y le guiñó de ojo, como quien dice, atención que voy á divertirme con este paleta, y en seguida volviéndose á él le dijo:

—¡Hola! paisano, ¿cómo han quedado los de la tigre? ¿están buenos?

El inocente Martin iba ya á responderle, cuando de repente se levanta el telon, y la palabra espiró en sus labios: una admiracion inesplicable, sin límites, se pintó en su semblante; pero cuando se presentó en la escena una turba de jóvenes todas blancas, todas carnadas, cuyas graciosas formas aparecian medio veladas con la flotante gasa: luego que estas huris principiaron á hacer piruetas, tocando apenas el suelo con sus afiligranados y diminutos piecitos calzados de raso, y cuando dejaron ver sus bien torneadas piernas, el recién venido quedó estático, con la boca abierta y sin respirar; toda su alma se habia reconcentrado en los ojos.

—Son muy hermosas, ¿no es verdad, paisano? le dijo quedito el hortera, que no queria desperdiciar esta ocasion de divertirse á su costa.

Martin resolvió estrepitosamente, asió con sus forzadas manos la barandilla, y la sacudió con tanta violencia, que poco faltó para arrancarla de cuajo; las venas de su frente parecian maromas, y sus miembros se habian contraído, su vista fascinada se dirigia á una bailarina á otra, todas le parecian hechiceras, encantadoras...

—¿No es cierto que elegiria vd. para querida alguna de esas señoritas? le preguntó el vecino.

—Si, si, con toda mi alma.

—¿A cuál de ellas?

La orquesta ejecutaba entonces un aire valseado, espresivo y voluptuoso: las ninfas formando parejas entrelazados sus redondos brazos se balanceaban, haciendo graciosas actitudes con sus flexibles cuerpos. Martin queria escoger, pero no le era posible; la que tenia delante le parecia siempre la mas hermosa, mas llegaba otra, y su sonrisa dulce y espresiva le hacia olvidar á la que habia pasado; cautivaba su corazon la descubierta y tersa espalda de una, y en seguida quedaba estasiado contemplando las lánguidas miradas de otra.

—¡Todas, las amo á todas! exclamó el de Duyo, contestando sin advertirlo, á la pregunta del mancebo.

—¡Fuego! dijo este haciendo esfuerzos para no soltar una carcajada; vamos por partes, paisano, como que es menester satisfacer su capricho...

Martin le escuchaba echando fuego por los ojos. —En primer lugar ha de saber vd. que en Madrid se consigue todo con el dinero.

—Dinero no falta, contestó Martin cogiéndole la palabra.

—¿Como cuánto?

—Seis pesetas y algunos cuartos.

El hortera se apretó el pañuelo á la boca para reirse.

—Es una cantidad respetable, pero no suficiente; mas no hay que desanimarse, el mal no es sin remedio; yo sé un sitio en el que en una noche puede hacerse un hombre millonario.

—¡Millonario! repitió el herrero que no comprendia el significado de esta palabra.

—Si, paisano, millonario, es decir, tan rico que puede cubrir con onzas de oro todo este teatro.

Un alegre brillante, vivo y estrepitoso llamó la atención del quinto, que dirigió la vista al escenario: en aquel momento se habian reunido las parejas formando un agradable desorden; aparecen en una parte grupos alegres y bulliciosos, en otra con pantomimas animadas y espresivas se espresan afectos melancólicos y sentimentales, cuando de repente salen entre bastidores los bailarines, y cada semi-dios se apodera de su ninfa.

La cólera, los celos se apoderan del corazon de Martin y le sacan de juicio: se pone en pie, amenaza con el puño cerrado á aquellos insolentes atrevidos que asaltan su serrallo, y en sus mismas barbas estrechar con sus impuros brazos el delicado y flexible tallo de sus concubinas. El hortera al ver el ademán de su vecino se deja caer de espaldas sobre su asiento sin poder tenerse de risa.

Martin sin reparar en esto encasqueta su gorro hasta las cejas, empuña el garrote de acebo, y volviéndose á él, le dice:

—Quiero ser millonario.

—Lo creo sin que vd. lo jure, compadre.

—Lléveme vd. al parage que me ha dicho.

No le cuadraba mucho al mancebo esta salida, hubiera querido mejor alargar la burla: trató de contener á su fogoso vecino, y aun le rogó esperase sentado hasta que finase el baile; empero en vano; burla á este la sangre en las venas, su cabeza era un volcan. Sin escuchar razones, agarra del brazo al hortera, y á pesar de su resistencia lo saca fuera entre las maldiciones y murmullo de los espectadores que cesan de gritar ¡silencio! ¡silencio! La policia no se

mezelo en este negocio porque conoció que no era cosa seria.

Cuando estuvieron en la plaza se quitó Martin el gorro para que el viento penetrante y helado refrescase su cabeza mas ardiente que un horno de vidrio: pareciale que los reverberos bailaban y daban vuelta en derredor suyo: cerraba los ojos y solo veia ninfas esbeltas y bulliciosas, sonrisas hechiceras, negras pupilas vibrando rayos, y encantadoras cabezas coronadas de flores. Se le figuró tambien ver en lontananza y en último termino bajo el húmedo y nebuloso cielo de San Martin de Duyo la humilde casita de Escolástica, cuyo rostro apenas se distinguia á causa del mas que mediano pañuelo encarnado que cubria su cabeza: su saya de tosca bayeta corta hasta media pierna, su talle y sus gruesos zapatos de tres suelas hacian parecer deformes y grandes sus pulidos pies. Martin comparó, se encogió de hombros y suspiró.

—Vamos, dijo apretando el paso, vamos pronto á donde se hacen millonarios los hombres.

El jóven que ya se arrepentia del compromiso en que se habia metido, salió por la calle de las Torres á la de Alcalá, enfiló la Ancha de Peligros, y cuando llegaron á las inmediaciones de la Puerta del Sol hizo alto.

—Repárese vd. desde aqui aquel reverbero de la izquierda.

Martin miró con la mayor atencion.

—Enfrente de él está la casa donde los hombres se hacen millonarios en pocas horas, añadió el hortera con voz solemne y grave.

Quiso Martin asegurarse mas y hacerse bien el cargo de las señas, pero cuando se volvió para pedirle mas esplicaciones ya habia desaparecido su cicerone.

Grande alboroto habia pocos minutos despues en la casa que estaba frente al reverbero de la izquierda: Martin queria entrar á pesar de los porteros, y no solo entrar él, sino tambien su gorro encasquetado en la cabeza y su garrote en la mano: en fin, para evitar escándalos hubo un convenio entre las partes beligerantes y se firmó una capitulacion: por uno de sus artículos se le permitia la entrada bajo condicion de dejar antes en poder de los guardianes el gorro de lana parda y el palo de acebo. Hubo de conformarse nuestro mozo aunque con grande sentimiento de su corazon, y depósito sus caras prendas no sin exhalar un triste y hondo suspiro.

Su presencia en la sala no causó la novedad y sensacion que en el teatro: los jugadores no son gente que vuelven la cabeza para mirar al recién venido, ni les distraeria una bomba que reventase á sus pies. En los pronunciamientos y asonadas que han ocurrido en esta corte, cuando el cañon y el fusil tronaban en las calles de la poblacion, el jugador no atendia mas que á las vueltas de la ruleta, si la bolita se paraba en la casilla negra ó roja, y si marcaba par ó non: y si hubo algunos que tomaron el fusil y se batieron á fuer de buenos ciudadanos fué por la sencilla razon de que no les abrieron á tiempo la puerta del garito.

Martin se acercó á la mesa en cuyo centro habia una ruedecita de particular forma y varias figuras rojas y negras: un personaje armado con un rastrillito de madera y largo mango de la misma materia proferia por intervalos ciertas palabras misteriosas. Una cuadruple fila de jugadores se apiñaba y rodeaba este aparato, mas como nuestro hombre escadia en estatura, aun á los mas altos, pudo ver á su sabor por encima de las cabezas de aquellos monómanos, escualidos y amarillos, así el verde tapete como el dinero que flotaba de una parte á otra. Despues de diez minutos consagrados á la mas atenta y minuciosa observacion, se quedó tan en ayunas como antes, y lo único que sacó en limpio fué comprender que aquel era un juego de suerte y verdad, ó de resto; su única ambicion en aquel momento era bien modesta; se limitaba á ganar únicamente la simple cantidad de un millon, y así calculó, que para esto era necesario jugar su dinero: en su consecuencia echó mano al bolsillo, el único duro que contenia acompañado de una docena de cuartos: alarga la mano por encima de las cabezas de los que tenia delante y lo arroja en el tapiz: la pieza cae con estrépito, y rodando va á parar en una de las casillas numeradas que ocupan la mesa en toda su longitud. El *gurupie* hace girar la rueda, Martin que habia seguido atentamente el curso de su moneda, la observaba con inquieta mirada, le pesaba haberse desprendido de ella y hubiera dado de bonísima gana el resto de su caudal por poder recogerla, pero no se atrevió: le infundian respeto aquellos graves personajes que manejaban montones de oro á manos llenas: sin embargo, se lamentaba interinamente al tiempo que la rueda dejó de dar vueltas, y el banquero pronunciaba con acento monótono y fatídico ciertas palabras, en una lengua completamente desconocida de los habitantes en la feligresía de San Martin de Duyo. Treinta y seis duros artísticamente arrojados se agruparon en la casilla alrededor del que habia aventurado el imprudente herrero. Hizo este un respingo, buscó su garrote de acebo para enarbolarlo con aire triunfal, pero el garrote estaba ausente confinado en el cuarto del portero.

Con todo, no estaba enteramente satisfecho, no sabia de positivo si tenia derecho á aquel dinero que acompañaba al suyo, y luchando con estas dudas la rueda gira de nuevo, y la bolita se fija afortunadamente en la misma casilla y el mismo número anterior. Esta vez fueron onzas de oro, las que cual granizo llo-

vieron sobre la puerta de Martin. A tan brillante golpe echó á rodar su encogimiento, ¿no era cuando menos tan rico como los que le rodeaban? pensando así recurre á su táctica peculiar y favorita, maniobra con el acierto y feliz suceso que vimos en el teatro, y logra colocarse en pocos momentos en primera fila: se sienta con toda comodidad, retira su tesoro, y ensanchando sus brazos los apoya en la mesa.

—Cuanto dinero se necesita para ser millonario, preguntó á un antiguo jugador que tenia á su lado.

—Un millon, contestó este mirándole de reojo, aunque se apaciguó luego que advirtió el candor y sencillez que se retrataban en el semblante ingenuo de aquel.

—¿Hay aqui un millon? volvió á preguntar Martin mostrándole el dinero que tenia delante.

—¡Bah! qué necedad, respondió el veterano en el oficio, ahí solo teneis unos seis mil reales.

—Solo seis mil reales exclamó admirado aquel: y yo que necesito un millon..... ¿me avisareis cuando lo haya ganado?

—Me comprometo á ello, pero si quereis creerme contentaos y no aspireis á ganarlo.

Entre tanto Martin observaba como se manejaban los otros jugadores y los imitó: desde entonces solo aventuró su dinero en las suertes que presentaban mayor probabilidad, pero con la diferencia de que al paso que aquellos solo jugaban una parte de su caudal, este lo esponia todo á la dobla. Ahora bien, el que conoce la teoria de las progresiones, sabe bien que con seis mil reales ocho *parolis* son suficientes para reunir mas de millon y medio.

El vecino habia dejado de jugar para observar las jugadas del jóven forastero, y ya principiaba á creer que al fin iba á conseguir lo que se habia propuesto.

—¡Querido mio, le dijo con cierta amistosa efusion, no juguéis mas, retiraos, teneis delante de vos mas de setecientos mil reales, la fortuna de un hombre!

—¿Qué decis? lo mas que hay aqui son dos mil pesos, y ese legajo de papeluchos que no valen treinta cuartos.

—¡Treinta cuartos, inocente jóven! sabed que son billetes de banco.

Martin sabia que habia billetes de banco, pero no los conocia ni los habia visto hasta entonces.

—Bueno, exclamó alegremente, con tanto dinero pronto completaré el millon.

El buen consejero no tuvo tiempo para replicarle porque la rueda despues de haber girado con velocidad estaba inmóvil, y tambien esta vez la fortuna habia favorecido al arriesgado jóven.

El banquero impasible porque no era suyo el dinero, vació la caja, y dobló la puesta del ganancioso.

—Ya teneis el millon, afortunado jóven, ó por mejor decir mas de millon y medio.

LAS DOCE DE LA NOCHE.

A MI BUEN AMIGO DON JUAN ROCA DE TOGORES Y PERPIÑAN.

Allí, solo.... frente á frente
con la muerte.... y nada mas!
SUAREZ BRAVO.

Niégame reposo el lecho,
El alba su lumbre pura,
Y la fiebre y la vigilia
Me consumen y me abruman.

Cuan triste es contar las horas
En la soledad profunda,
No teniendo por testigo
Sino dolores y angustias.

Con cada nota argentina
De la campana confusa,
Se despiertan en la mente
Quimeras que estaban mudas.

Horas que cuentan los tristes
En ansiedad y amargura,
Pasais.... como sus dolores....
Para no olvidarse nunca.

Ay yo cuento una tras otra
Cuántas la noche acumula,
Y al punto que son pasadas
Nuevas penas me atribulan.

Quién detener tu carrera
Pudiese, máquina ruda?
—Mas no se detiene el paso
Que lleva á la sepultura.

Holgárame de poderte
Bajo mi planta robusta
Destruir, como destruyes
Ilusiones y venturas.

Esas horas que me ponen
Nuevo número de angustias,
Si no me roban placeres,
Tampoco me los anuncian.

Pero ha sonado entre todas
Tan lúgubremente, una,
Que el corazon con la muerte
Dentro de mi seno lucha.

Cifra terrible y sangrienta
De una frase que pronuncia
Temblando de miedo el labio,
Que es frase de desventura.

Hora fugaz y fatídica
Que abres á un año la tumba,
Hiela, la sangre en mis venas,
—Si aun en ellas circula.—

Oh! por volverte á la nada,
—Si no es la nada tu cuna,—
Te diera tantos placeres
Como dolores me abrumen.

Sabes parar la carrera
Con que mi mente se encumbra
A soñar felicidades,
Y no detienes la tuya!

—Di:—¿qué mano poderosa
A tu destino te empuja,
—Destino de muerte para
La humanidad sin ventura?

Dichoso quien al oírte
Vibrar lúgubre y sañuda,
Pueda recobrar del sueño
La tranquilidad profunda!

Lanzárame de la mente
Las quimeras que la asustan,
O no sonáras tan triste
Como quien la nada anuncia.

Por qué en fatal torbellino
En torno de mí se agrupan
Mil deliciosos fantasmas
Y mil horribles figuras?

Por qué recuerdos me acosan?
Por qué esperanzas me adulan?
Por qué me espanta el pasado
Y el porvenir me deslumbra?

Por qué vacilo en un piélagos
De desengaños y dudas,
Horribles los ya sabidos,
Las venideras confusas?

Por qué en mi mente se trava
Esta misteriosa lucha?
Por qué penas y placeres
Mi posesion se disputan?

—Maldita seas campana,
Por qué has levantado impúdica
El velo de mi memoria
Que es la losa de mi tumba!

Ay! tu ignorabas que en ella
Iba á gustar la cicuta,
Por qué fué solo mi vida
Cadena de desventuras?

Ya el olvido—don del cielo—
Habia borrado muchas,
Y vuelves á renovármelas
Con esa infernal canturía!

Tú no sabes como hiela
El corazon de pavora
Tender los dolientes ojos
Por esa region fecunda.

Para todos en placeres,
—Menos para el que te escucha!—
Y verla... cual lo futuro,
Yerma, ensangrentada y muda!...

—Aun no he pisado abrojos,
Y ya el corazon me punzan!
Llorar á los veinte abriles,
Ay! es llorar en la cuna!...

Abriles!.. abriles!.. misero
Del que no los tuvo nunca,
Del que lloraba en el seno
De su madre sin ventura!

Qué triste es ver en los ojos
Que fuego de amor inunda,
Lágrimas del desengaño,
Lágrimas de hastío impuras!

Ver la frente de un mancebo
Surcada por cien arrugas,
Tumbas de dulces creencias,
Nieve que el volcan oculta!

—Aun no he pisado abrojos
Y ya el corazon me punzan!
Llorar á los veinte abriles,
Ay! es llorar en la cuna!

Pero estas lágrimas, secas,
No debo de verlas nunca,
Que lágrimas tan tempranas
Con el sudario se enjugan.

—Esperanzas! ilusiones!
Bálsamo de mis angustias,
Con el hora que ha pasado
Poned fin á vuestra lucha.

Harto padezco al decirlos
Este—á Dios!—que me conturba...
—El alma vá con vosotros!
Quédame mi desventura!

—Maldita seas, campana,
Porque has levantado impúdica
El velo de mi memoria,
Que es la losa de mi tumba!...

¡Aun!... ¡aun!...—Si fueran los placeres
Eternos, como son nuestros dolores!
Si palabras de labios de mugeres
Fueran signo veraz de los amores!
—Otra vez lates!—corazon, qué quieres?
—Otra vez lloras!—corazon, no llores!
Todo en el mundo por ventura pasa,
Como la fiebre que mi sien abrasa.

No levanta mi altivo pensamiento
Su vuelo á la region, donde la vista
Del águila domina el firmamento?
Donde la palma del valor conquista?
Allá desde las nubes dó le asiento,
No es el mundo falaz débil arista,
Que apena un soplo del Señor resiste?
—Por qué me arrastro por el mundo triste?

Mas ay!—Quimeras que el dolor adora
Nunca con la verdad se disfrazaron.
Quien en el mundo por el mundo llora
Las penas ama que su mal causaron.
—Amar! amar!...—Inspiracion creadora,
Dame no amar cual los demas amaron;
El lazo rompe que te liga al suelo,
Seré capaz de remontarte al cielo.

Espacio y luz!...—Tinieblas solamente!
Azul el primer rayo serpentino
No colora su cuna del Oriente...
Media noche no mas... en torbellino
Dan del reló las horas en mi mente...
—Oh! calla por piedad!...—Qué desatino!—
Ya enmudece la lúgubre campana...
—Quién contará las doce de mañana?

VICENTE BARRANTES.

SEMANA MOSAICO.

LORD BYRON EN VENECIA.

Lord Byron, despues de su divorcio salió de Inglaterra para no volver á ella jamás. Bajó al Rhin, celebró el encanto pintoresco de sus riberas en muy buenos versos; visitó despues el campo de Waterloo, y luego pasó á Ginebra, donde escribió tres de sus mejores obras. Cuando hubo recorrido los Alpes partió para Italia con Mr. Hobhouse, su fiel compañero de viaje, se detuvo algun tiempo en Milan, visitó la tumba de Julietta en Verona y pasó seguidamente á Venecia, cuya ciudad «me dejó maravillado», dice él mismo en sus cartas á Mr. Moore, «me gusta la alegría de sus gondoleros, el silencio de sus canales y me encanta hasta su lúgubre fisonomía, mas echo de menos sus antiguas costumbres.»

No trascurrió mucho tiempo sin que Byron uniese á las emociones que le hacia experimentar esta ciudad novelesca un amor tambien propio de novela. Moraba Lord Byron en casa de un mercader que tenia una esposa de veinte y dos años, llamada Mariana, muy bonita, si se atiende al retrato que él mismo hace de esta mujer, y hacia la cual profesó Byron un amor sentimental.

Sin embargo, poco despues se apoderó de su ánimo aquella fiebre de placeres, digámoslo así, y á la cual se habia entregado en otro tiempo, por lo que recibió el apodo de hombre dissipado; abandonó la residencia del marido de Mariana, y se trasladó á un magnífico palacio, situado en las márgenes del gran canal, y comenzo con una especie de aprension hipócrita, un género de vida que no podia menos de deteriorar su salud, y por consiguiente agotar sus fuerzas físicas degradando á la vez sus facultades morales. Su union con Margarita Cogni constituye un episodio bastante interesante entre todas sus uniones efímeras y pasajeras. El mismo refiere esta historia con mucha gracia, y en su consecuencia le dejaremos hablar, traduciendo lo que acerca de este particular hemos encontrado en la última biografía que hace poco se ha publicado en Londres, reputada por la mas completa de cuantas han visto la luz pública.

«La fisonomía de Margarita, escribe lord Byron, es uno de aquellos antiguos tipos venecianos; tal vez su cara es un poco larga, pero llena de gracia, y el traje nacional que ciñe le sienta á las mil maravillas.

«En 1817, en una noche de verano, y yo nos paseábamos á lo largo del Brenta. En medio de los grupos de aldeanos, distinguimos á dos de las mas lindas muchachas que habíamos visto; por este tiempo el país

sufria un hambre espantosa y yo habia ya socorrido á varios desgraciados. Con la moneda de Venecia se puede ser generoso á poca costa, y tal vez habian exagerado lo que yo habia hecho. Una de estas muchachas me dijo en lengua veneciana: «¿Por qué vos que socorreis á las otras, no nos socorreis á nosotras?» Acerqueme á esta chica y le dije:

—Cara, tu sei trippo bella e giovane per aver bisogno del soccorso mio (1).

—Si vierais mi cabaña y mi sustento, no me hablarais de ese modo.

Durante esta escena nos reimos y bromeamos; me separé de estas lindas zagalas y no volví á verlas hasta despues que trascurrieron algunos dias. Otra tarde las encontramos otra vez, y nos hablaron con mas gravedad respecto á su situacion; eran primas; Margarita estaba casada, la otra no; pero como yo dudase aun de lo que me decian, me porté con ellas de distinto modo, y las di una cita para la siguiente mañana.

«Algunos dias despues estábamos de acuerdo, y por espacio de mucho tiempo, Margarita tuvo un ascendiente sobre mí, que yo le disputé á menudo, mas ella le conservó siempre. Las causas de este ascendiente eran sus negros ojos, su espresiva fisonomía: una verdadera fisonomía veneciana. Margarita tenia entonces veinte y dos años, y el carácter veneciano en todo; en el dialecto, en el pensamiento, en las maneras y su humor alegre y bullicioso. No sabia leer ni escribir, y sus cartas no podian incomodarme; pero no obstante recibí dos cartas suyas que mandó escribir á un memorialista por nueve cuartos un dia que yo estaba malo y que por consiguiente no podia verla. Por otra parte, era orgullosa, imperiosa, y arrogante; tenia por costumbre hacer lo que le daba la gana, sin curarse mucho del tiempo, del lugar ó de las personas que estaban presentes, y si las mugeres, amigas ó no amigas, se proponian alguna vez contradecirla, las pegaba.

«Cuando yo la conocí estaba en *relazione* con la señora de***, quien la encontró un dia y quedó bastante mal parada por haberla amenazado, pues ya habia oido hablar de mis paseos á caballo y de mis citas con la Fornarina. Margarita la arrancó el velo y gritó:

—Vos no sois su esposa, yo no soy su muger. Vos

la habia visto apoyarse en mi brazo. Queda á vuestra consideracion el escándalo que produciria, mas esto no es mas que una de sus muchas proezas en este género.

«Concluyó por reñir con su marido, y vino una noche á refugiarse á mi casa; quise al principio oponerme á ello, pero me dijo, que primero se acostaria en medio de la calle, que volver á la casa de su marido, quien la pegaba (¡pobre cordera!), y le gastaba todo su dinero y no la cuidaba. Como eran las doce de la noche, consentí en que se quedase en mi casa; pero á la mañana siguiente me fué enteramente imposible hacer que se fuera. Su marido vino á buscarla, clamó, juró y la intimó para que le siguiera; pero ella no quiso consentir en ello. El marido entonces recurrió á la policía y esta se dirigió á mí. Yo respondí que podian llevársela cuando quisieran, que yo no la detenía, que habia tomado posesion de mi casa, y que eran libres de hacerla salir por la puerta ó por el balcon. Margarita fué en busca del comisario y la obligaron á volver á casa de su marido, á casa del *cabron ético*, como ella llamaba á este pobre hombre porque estaba enfermo. Algunos dias despues se escapó de nuevo, y vino pacíficamente á establecerse en mi casa sin mi consentimiento; se aprovechó de mi indolencia y de mi debilidad. Si yo queria encolerizarme, ella concluía siempre por hacerme reir con alguna *pasquinada* veneciana; y la picara criatura conocia bien su poder, y le egrecia con aquel tacto tan particular de las mugeres: grandes señoras ó aldeanas, nada importa, todas son iguales.

«De este modo tomó posesion de mi residencia, y entonces se volvió loca; siempre se encontraba en una situacion violenta, tan pronto gritaba como reia, y era tan terrible cuando se encolerizaba, que asustaba á los hombres, á las mugeres y á los niños, pues tenia la fuerza de una amazona y la violencia de Medea. Era verdaderamente un hermoso animal, pero indomable. Yo era la única persona que podia conducirla al orden, pues cuando me veia seriamente encolerizado, se sometia; pero tuvo mil caprichos insensatos. Estaba muy linda con su *faziolo*, y quiso tener un sombrero con plumas, y todas mis razones, todos mis esfuerzos para oponerme á esta ridícula manía, fueron inútiles. Luego quiso tener un traje de gran señora; era menester comprarle un vestido con cola,

la *cera*. Cuando pronunció de un modo tan grotesco esta palabra veneciana, me eché á reir; pero toda resistencia llegó á ser imposible, y arrastró la maldita cola por todas partes donde iba.

«Al mismo tiempo pegaba á todas las mugeres é interceptaba mis cartas. Un dia la sorprendí examinando una, queriendo descubrir por la firma si era letra de muger: entonces maldice su ignorancia, y estudiaba el alfabeto, con el fin, decia, de abrir todas las cartas que me dirigiesen y leerlas.

«Sin embargo de todo, quiero ser imparcial con respecto á sus cualidades de ama de casa. Desde el momento que entró en la mia como *donna di governo*, mis gastos se redujeron á la mitad, mis aposentos estaban limpios, y cada cosa colocada en orden, menos ella.

«Ademas, tengo muchas razones para creer que me profe-

saba un verdadero cariño, y citaré una prueba de ello. Un dia de otoño que fui al Lido con mis gondoleros nos sorprendió una furiosa borrasca que nos puso en bastante peligro. La góndola estaba llena de agua, el remo perdido, y el mar furioso; la lluvia caia á torrentes y nos encontrábamos á las doce de la noche sin poder avanzar, y el viento no se apaciguaba. En fin, despues de grandes esfuerzos llegamos á Venecia, y distinguí á Margarita sobre las gradas del palacio Mocénigo, con los ojos bañados en lágrimas, el cabello en el mayor desorden y flotando sobre su seno empapados por la lluvia. Se hallaba bien colocada en medio de aquellas ráfagas de viento que hacian flotar su cabellera: con su rostro pálido y su mirada errante, y el mar rugiendo á sus pies, se parecia á Medea descendida de su carro, ó á la diosa de la tempestad; no habia allí ninguna otra criatura viviente para saludar nuestra llegada. Cuando me vió sano y salvo, no corrió hacia mí como era de esperar, pero exclamó: *¡Ah! can della Madona, no está il tempo per andar all' Lido*. En seguida entró en la casa, y se ali-



Vista de Venecia.

sois su querida, y yo soy su querida. Vuestro marido es un tonto, y el mio es un animal... Luego entonces ¿qué derecho tenéis para reconvenirme? Si me ama mas que á vos ¿es culpa mia? Si queréis guardarle, atadle á los cordones de vuestro vestido; pero porque vos seais mas rica que yo, no penseis que podéis hablarme sin que yo la replique.

«Y despues de este magnífico trozo de elocuencia, se alejó, dejando en derredor de la señora de*** un numeroso grupo de gente para disertar sobre el diálogo ocasionado entre las dos.

«Cuando volví á entrar en Venecia para pasar el invierno, Margarita me siguió, y como observaba que era la favorita, venia á visitarme muy á menudo; pero tenia un excesivo amor propio y no podia sufrir á las demas mugeres. La última noche de carnaval, en un baile de máscaras, adonde va todo el mundo, arrancó la careta á la señora Contarini, únicamente porque

(1) Querida mia; eres demasiado bella y jóven para necesitar de mi socorro.

injuriando á los gondoleros porque no habian previsto la borrasca. Los criados me contaron que quiso entrar en una barca para buscarme; pero que todos los gondoleros habian rehusado penetrar en el mar con un tiempo semejante, que se habia sentado en las gradas del palacio, sin temor á la tempestad, y que no quiso recibir ningun género de consuelo. Su alegría al verme llegar tenia un carácter de ferocidad, se parecía á la de una tigre cuando encuentra á sus hijos.

«Pero su reinado tocaba á su fin; algunos meses después llegó á ponerse insoportable, y las quejas verdaderas ó falsas, que me daban contra ella, me determinaron á dejarla. La dije que habia reunido bastantes cosas para ella, y para su madre, y que era preciso que volviese á su lado; mas no quiso consentir en ello: insistí y me amenazó de recurrir al cuchillo y vengarse. Le contesté que ya habia visto cuchillos levantados contra mí, y que si queria servirse de él, que habia uno sobre la mesa á su disposición. Al otro día, mientras comia, entró después de haberme roto por vía de prólogo, la puerta vidriera que conducía á los aposentos; adelantóse rápidamente hacia la mesa, me quitó el cuchillo de la mano con tal precipitación que me hirió. Ignoro si quiso herirse á sí propia ó si desde luego se propuso herirme; mas es lo cierto que Fletcher (1) la desarmó. Yo entonces llamé á mis bateleros y dispuse que preparasen la góndola para que la condujeran á su domicilio, y les encargué muy especialmente que cuidaran no le sucediese alguna cosa en el camino. La linda veneciana aparentó estar tranquila en este momento y bajó la escalera en tanto que yo acababa de comer.

Pero escuchamos á poco rato un grande estrépito y distinguimos á nuestros buenos bateleros que la traian pues se habia arrojado al canal. No creí que esta joven tuviese ganas de quitarse la vida, pero si se considera el horror que causa á las personas que no saben nadar el aspecto de una agua profunda (y los venecianos se encuentran en este caso aun cuando viven constantemente encima del agua), si se considera que era de noche y que hacia frio, preciso es confesar que la infeliz se hallaba poseida en este instante de algun espíritu maligno. Los bateleros la sacaron del canal sin que ella por su parte hubiera sufrido mucho... Sin embargo bebió gran cantidad de agua salada y empapó sus vestidos.

«Mis servidores aparentaron la mas grande consternación, pues la habian tenido miedo y se afligieron al verla volver; me suplicaron tomase las mayores precauciones, y que recurriesen á la policía... ¡Cobardes! No quise acceder á este vergonzoso ruego, pues reflexioné que este negocio podia terminarse de diferente modo.

«No bien la ví repuesta, la envié de nuevo á su casa, y no la volví á ver mas que dos veces en la ópera, confundida con la multitud. Proyectó no obstante algunas tentativas para volver á entrar en mi casa, pero sin violencia.... Esta es la historia de Margarita Cognigni.»

Añadiremos nosotros para terminar este interesante episodio de la existencia de lord Byron, que en medio de esta vida singular y agitada escribió este insignificante poeta las primeras páginas de su célebre *Don Juan*. En otro número insertaremos el último, y fatal período de Byron, escrito por su ayuda de cámara Fletcher.

EL PORVENIR. La idea del *porvenir* no descansa en el simple cálculo del día primero del año ó del siglo en que vivimos. Tiene si su asiento en nuestros mismos deseos, en las esperanzas que lanzamos al tiempo, exigiéndole, por decirlo así, una serie de sucesos que nos han negado lo pasado y lo presente. Al contemplar en el *porvenir* brilla un rayo de esperanza en el corazón de todo hombre pensador, que se siente inflamado de su propia dignidad; porque lo presente no le basta, no satisface ni aun sus mas legítimos deseos.

Lo contrario sucede al indolente, como dice San Lamberto que absorbo en el día de hoy se revuelca brutalmente en sus mas desenfrenados placeres y agota en pocas horas las excitaciones de toda la vida. Semejantes criaturas no se inquietan de mañana; es verdad; pero en cambio esta misma indolencia suele trasformarse en un fastidio que impele á despreciar lo mismo que se posee; y así pasan la vida sin fé y sin esperanza.

Es empero incontestable que la felicidad que se cifra únicamente en el *porvenir* es á veces demasiado elástica y volátil, que puede engañarnos con facilidad. Mas la prudencia aconseja el detenerse en la carrera, cuando se camina por una senda estraviada ó cuando se presenta á nuestra vista un horizonte oscuro. Entonces debemos estudiar de nuevo lo pasado, y redoblar nuestros esfuerzos presentes para alcanzar con seguridad el fin que nos proponemos.

Así el hombre inteligente que agita en su cabeza vastos proyectos, el que se siente inspirado de elevadas ideas atraídas lo presente como un árido desierto y aspira á vivir eternamente en la memoria de sus semejantes, legando á la posteridad un monumento capaz de sostener su reputación.

PRENSA PERIÓDICA INGLESA Y ALEMANA. Dice un periódico inglés que el propietario y editor principal del célebre periódico el *Times*, Mr. Juan Walter, acaba de comprar una

magnífica quinta por valor de 60,000 libras esterlinas (seis millones de reales de nuestra moneda).

El sueldo que disfruta el corregidor de Lóndres asciende á 8,000 libras esterlinas anuales (ochocientos mil reales de nuestra moneda); pero si no gasta cuatro mil libras mas no puede armonizar su dignidad con el lujo y magnificencia que exige su empleo. ¿Qué sueldo disfruta el corregidor de Madrid?

Un banquero de Lóndres algo mas que septuagenario ha dirigido una carta á un periódico de dicha capital dando sus razones para que los cadáveres sean quemados en vez de enterados, y manifiesta á la vez que ya él tiene arreglada su pira funeraria. ¡Poder de la estravagancia inglesa!

Hace poco tiempo que en un hospital de Glasgow, en Inglaterra, ha ingresado un hombre furiosamente loco, de oficio azogador de espejos, cuya demencia dicen que ha sido originada por habersele introducido el azogue por las narices. Se ha necesitado de la fuerza de siete hombres robustos para conducirlo al hospital.

Añaden varios periódicos ingleses, que durante la invasion del cólera en Inglaterra se ha notado que ni un solo clérigo católico ha sido víctima de esta epidemia.

Un francés, lisongeándose del ingenio inventivo de su pais, dijo á un inglés: «Nosotros hemos inventado las chorreras.» «Verdad, contestó el inglés; pero nosotros hemos añadido las camisas.»

Acaba de establecerse en Malta un colegio protestante.

En el condado de Hereford, Inglaterra, donde la cidra constituye la principal bebida de las clases media y baja se ha observado que no ha habido un solo ejemplar de cólera.

Un alemán que no quiso valerse de escribano para hacer su testamento, le hizo él mismo en los términos siguientes: «Este es el último testamento y la última voluntad de Juan Tomas. Doy todos mis bienes á mis parientes para que se los repartan del mejor modo posible. P. D. Si alguno de ellos hace ruido ó alborota, no tendrá derecho á nada.»

FIERAS QUE SE HAN DE CELEBRAR EN LA PRESENTE SEMANA.

DÍA 15.—Santa María de Isorna, provincia de la Coruña.

DÍA 18.—Villarino de Couso, Gómesende y Pineira de Arcos, provincia de Orense.—San Salvador de Tarragona y Liérganes, provincia de Santander.—Yacimiento, provincia de Almería.

DÍA 19.—Santa María de Aguas Santas, provincia de Orense.

DÍA 20.—Tarrasa, provincia de Barcelona, Entrambasaguas y Valle de Buelna, provincia de Santander.

Los objetos de su tráfico son, ganado caballar, mular, vacuno, lanar, y de cerda; granos, legumbres, linos, artefactos de labor, salazones, y algunos efectos estrangeros.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DÍA 14 DE ENERO. Año de 1809.—En este día del año indicado, se firmó en Lóndres un tratado de paz, amistad y alianza ofensiva y defensiva entre España é Inglaterra por los plenipotenciarios señor de Apodaca y Mr. Canning.—1857. Accion de Rio de Colls.

DÍA 15. Año de 1811.—El general Sarsfiel con una division de 550 infantes y 600 caballos, tuvo un encuentro entre Valles y Plá con otra division francesa compuesta de 6,000 infantes y 500 caballos al mando del general Engeni, en la que fueron muertos este general y 300 franceses; siendo consecuencia inmediata de esta accion, la de que todo el ejército contrario á las órdenes del mariscal Macdonald, dejase libre el campo de Tarragona retirándose á Lérida.—1838. Accion de Biorrum y Tivas.

DÍA 16. Año de 1809.—Batalla de la Coruña, ganada por el mariscal Soult á los ingleses.—1826. Capitulacion de los españoles en la isla de Chilve, incorporándose á la república de Chile.—1856. Renida y gloriosa accion de Arlaban ganada por las tropas de la reina al mando del general don Luis Fernandez de Córdoba.

DÍA 17. Año de 1805.—Napoleon regresa á Francia.—1855.—Accion de Orbizu.

DÍA 18. Año de 1855.—Algunos soldados del regimiento 2.º de ligeros, toman por sorpresa la casa de Correos de Madrid, á las órdenes de sus ayudante don Cayetano Cardero; se hicieron firmes, y de resultas murió Canterac, capitán general de Castilla la Nueva, y el mayor de plaza, Zamora. Merced á una capitulacion, salieron por la tarde á tambor batiente, yendo á su cabeza hasta Alcovendas el general don Antonio Solá.

DÍA 19. Año de 1812.—Asalto y toma de Ciudad-Rodrigo por los aliados.—1825. Sangrienta batalla de Torata (América), en la que Espartero con el batallon de su mando, contuvo el ejército enemigo compuesto de 4000 hombres, batiéndose por espacio de dos horas y ocasionando una pérdida considerable al enemigo.

DÍA 20. Año de 1812.—Sitio de Peñíscola hasta el 4 de febrero.—1819. Muerte de Carlos IV, rey de España, ocurrida en Roma.—Abdicó la corona en 1808 en favor del

príncipe de Asturias, su hijo, despues Fernando VII.—Carlos era bondadoso y amante de su pueblo, pero tenia aversion irresistible á los negocios; su especial recreo fué la caza, á la que destinaba mucha parte del día.—1859. Accion de Villalunga.

Gacetilla devota de la capital.

Lunes 14. San Hilario, obispo y confesor. Ademas santos Felix, presbitero, Malaquias, profeta, Eufasio, obispo, discípulo del apóstol Santiago, Isaías, Sabbas y treinta y ocho compañeros mártires, santa Blanca, virgen, santa Macrina, abuela de san Basilio, y el beato Bernardo de Corleón, confesor.—En la iglesia parroquial de san Martín, se celebrará el anual setenario á Maria Santísima del Destierro, habiendo funcion por mañana y tarde.—Cuarenta horas hoy y mañana en la misma parroquia.

Martes 15. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad. Ademas los santos Juan, cenovita, Macario de Egipto, y Agricio, obispo.—En la iglesia del Colegio de Portugueses, se obsequiará al glorioso san Antonio de Padua, su titular, solo por la mañana. Y en el convento que fué de la Pasión, por la noche, el acostumbrado culto á Nuestra Señora del Tránsito.

Miércoles 16. San Marcelo, papa y mártir, san Fulgencio, obispo y confesor, y santa Estelania, virgen. Ademas los santos Berardo, mártir, Juan el limosnero, y los mártires de Marruecos, religiosos del orden de san Francisco.—En la iglesia del Colegio de san Anton Abad, esposicion del Santísimo, todo el día, y por la tarde solemnes visperas á su glorioso santo titular. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde, y en la santa bóveda de san Ginés, por la noche, ejercicios segun instituto.—Cuarenta horas hoy y mañana en la misma iglesia.

Jueves 17. San Antonio, abad y confesor. Ademas los santos Sulpicio, obispo de Bourges, santa Rosalina, cartujana y virgen.—En las iglesias de san Cayetano, san Luis, Capilla de Caballerizas, y en la de su advocacion, se festejará al santo abad de hoy. En las parroquias de santa Cruz, san Ginés, san Justo, san Pedro, san Lorenzo y en la real iglesia de san Isidro, misas de renovacion al Santísimo Sacramento. En los conventos del orden mercenario que hay de religiosas de Góngora, san Fernando y don Juan de Alarcon, como tambien (por especial concesion) en la parroquia de san Millan, san Ginés, Servitas, Italianos y en el oratorio del Olivar, se concederá este día absolucion general, concedida á todos los fieles por la cantidad del papa Clemente VIII, por su bula dada en Roma á 24 de julio de 1601, en memoria de que en igual día del año 1233 aprobó dicha militar orden el papa Gregorio IX.

Viernes 18. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir. Ademas los santos Antónogenes, mártir, Deicola, abad de Irlanda, y santa Liberata, virgen.—En la iglesia de Jesus Nazareno, se le tributará el culto que todas las semanas, siendo por mañana y tarde. En la del convento de Trinitarias, por la tarde, y en el oratorio del Olivar y en la bóveda de san Ginés, por la noche, ejercicios (segun instituto). En la de religiosas Arrepentidas y en la V. O. T. de Servitas, se visitarán las cruces, por la tarde.—Cuarenta horas tres días en la parroquia de san Sebastian.

Sábado 19. San Canuto, rey de Dinamarca, y san Mario y compañeros mártires. Ademas los santos Bassiano, obispo de Lodi, Arcadio, mártir, Germánico y compañeros mártires, santa Germana, virgen y mártir, y el beato Nicolás Factor. Abstinencia en Madrid.—En las iglesias de Nuestra Señora de Monserrat y san Ignacio, por la tarde, se hará la duodena mensual al patriarca san José. En la de san Sebastian, solemnes visperas, por la tarde, á su santo titular. Y en la Capilla real de palacio, id. á la fiesta del Dulce nombre de Jesus.

Domingo 20. La festividad del Santísimo nombre de Jesus, san Fabian, presbitero, y san Sebastian, mártir. Ademas los santos Neófito, mártir, Eutimio-abad, y Marcodulfo, anacoreta.—En las iglesias parroquiales de santa Maria, san Luis, san Pedro, san José y san Ildefonso, la funcion mensual de Minerva al Santísimo, solo por la mañana. En la de san Martín, dará fin el setenario ya indicado el día 14, á Nuestra Señora del Destierro. En la parroquia de san Justo, por la mañana, y en las de santa Cruz, san Ginés, san Millan, y en la iglesia de Arrepentidas, se celebrará el ejercicio de la duodena mensual á san José, por la tarde. En la citada parroquia de san Sebastian, se le festejará solememente todo el día, como á su titular y patron. En las iglesias del Buen-Suceso, Encarnacion, San Isidro, Carmen, conventos, y en las demas parroquias, misa mayor, y en la Capilla del real palacio, fiesta al niño Jesus. En los oratorios de Cañizares, Caballero de Gracia, Espiritu Santo, Servitas, capilla de la Orden Tercera de san Francisco, y en la iglesia del que fué convento, se tendrán devotos ejercicios, como todos los domingos. Y en las iglesias de santo Tomás y Rosario, se hará procesion con el Niño Jesus, por ser día de su festividad, por la tarde.—La anual fiesta á Nuestra Señora de Belem, que debia celebrarse hoy en san Sebastian, se trasladará al siguiente domingo, á causa de hallarse ocupada la iglesia.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

DÍA 15. Se hace fiesta á san Mauro, abad, en el Almenadralejo, donde se veneran sus reliquias y es día festivo (está cinco leguas de Badajoz).

DÍA 16. A san Fulgencio, obispo, como á santo patron, en Murcia. En Plasencia, Guadalupe, Bercena, Cartagena. A Nuestra Señora de la Cabeza, en Andujar.

DÍA 17. Al glorioso san Anton, abad, en Monreal, Orce, en Granada, como á patrono. En los monges heremitas de la Luz, en el cerro de la Fuensanta de Murcia, Castrojeriz, Albacete.

DÍA 18. A san Sulpicio, obispo, en Villafranca de Co-frent, donde se venera su cabeza. A san Amaro, en la Coruña.

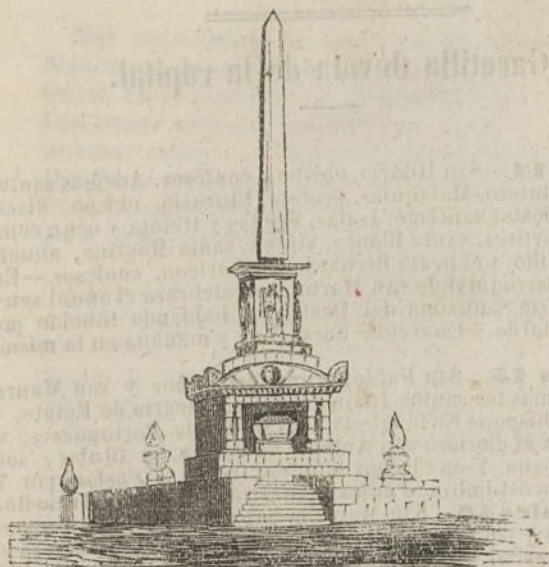
DÍA 20. Al invicto mártir san Sebastian, en Pontevedra, Sevilla, Barcelona, Puerto de santa Maria, Villamiel, Zaragoza, Saugüesa, Valle de Buelna, Alcalá la Real, Bujalance, Tal-lala, Denia, Frias, Griñon, Carabanchales, san Sebastian de los Reyes, Moraleja y en Casa-rubios, donde se veneran sus reliquias, y al Dulce nombre de Jesus, en Tribaldos.

SOLUCION DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR.

EL DISTINGUIDO PINTOR VELAZQUEZ ES ALABADO POR LA VALENTIA DE SU PINCEL.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.



MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIODICO MENSUAL.

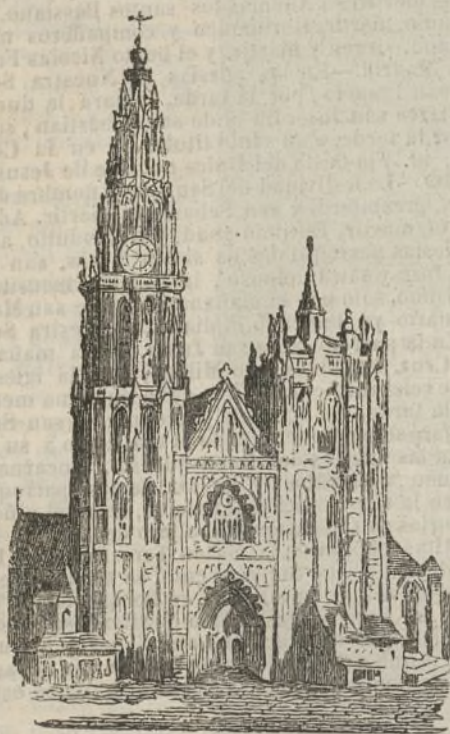


Siete años de existencia, una suscripcion numerosisima, y hasta cinco ediciones que se han hecho ya de los primeros tomos, es la mejor apologia que se puede hacer de este periódico. La coleccion completa consta hoy de mas de 500 artículos sobre historia, geografia, viages, novelas, poesia, cuentos, leyendas, costumbres, historia natural, etc., suscritos todos por los primeros literatos, asi de España como del extranjero, y adornados con grabados originales de los mejores artistas y copias de las obras pintorescas mas acreditadas de Francia, Inglaterra y Alemania. Cada número consta de 48 columnas de impresion en 4.º mayor, edicion de lujo, en papel satinado, de lo mas superior que se fabrica, y se reparten los números encuadernados con su correspondiente cubierta de color. Los 12 números del año forman un tomo, y se dan gratis índices, portadas y cubiertas para encuadernarlo. Los que se suscriban y paguen de una vez todo el año de 1850, antes del 15 de febrero próximo, recibirán como regalo la 3.ª y 4.ª parte de la obra titulada,



RECUERDOS

DE UN VIAGE POR ESPAÑA.



Estas dos partes formarán un tomo de 40 pliegos de impresion en 4.º mayor tambien, edicion de lujo; de modo que por 30 rs. que cuesta la suscripcion de un año al Museo en Madrid y 36 en provincia, tienen derecho los suscritores á dos grandes tomos, el del periódico y el de la obra, que contienen entre ambos 77 pliegos de impresion, sin contar las cubiertas, y tanta lectura como 15 volúmenes en 8.º comun. Los que se suscriban de nuevo pueden tomar la 1.ª y 2.ª parte de los RECUERDOS, que forman el tomo primero, por 20 reales en Madrid y 24 en provincia, ó bien gratis, pagando dos tomos por lo menos de la coleccion del Museo. El que no quiera recibir esta obra como regalo puede elegir cualquieraotra de las de fondo del establecimiento hasta la cantidad de 20 rs. vn. Para los RECUERDOS DE UN VIAGE hay una coleccion de 50 láminas finisimas iluminadas y en negro, á parte del testo, que se pagan á parte tambien, á razon de 44 rs. toda la coleccion en Madrid y 54 en provincia.

SE SUSCRIBE en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe núm. 25, y por conducto de los repartidores. En provincia, ultramar y el extranjero en casa de los corresponsales del establecimiento de Mellado, director y editor propietario de estas publicaciones, donde se dá gratis el prospecto

